

FAES

Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales

CRA. 45 No. 59-77 APARTADO AEREO 8650 MEDELLIN - COLOMBIA, S. A.



Fotocopias que se le
hicieron al Sr. Fernando
Espino Hernandez, que
tratará de hacer salir de
un cripto logo del ejército

1005 6/81

Se sacaron al azar

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca Abierta al mundo
Sala Patrimonial

Donación: Álvaro C. Bleda P

Doc 1.
30 SET. 1981

FUNDACION ANTIGÜERA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES
FAES
UNIDAD DE INFORMACION "LUIS OSPINA VÁSQUEZ"

REMINISCENCIAS

Concha Ospina Vásquez
(Sor Concepción Ospina)
FAES
Archivos 41

La devoción a la Virgen de los Desamparados vino a ser la de nuestra familia; porque a la intercesión de la Virgen bajo esa advocación atribuía mi mamá el que mi papá y mi tío Pastor, su hermano, no hubieran sido fusilados, estando ya condenados a muerte, por Mosquera y en capilla.

76/8
Cuando ella, sumida en el más terrible dolor, acompañada por algunos señores, ya muy avanzada la noche, rezaba sin consuelo, ante una imagen de la Virgen, me parece de la Silla que deben tenerla ustedes. o la familia de Santiago, se presentó un señor (liberal) llevando un cuadro de Nuestra Señora de los Desamparados, y entregándoselo le dijo: "Ese crimen no puede consumarse. La virgen de los Desamparados es muy milagrosa, aquí se la traigo, pídanle a ella esta gracia".

Mi mamá agradecida recibió el cuadro y lo puso en el improvisado altarcito; pero no contenta con rezar ella y los que la acompañaban, mandó que le trajeran los niños, muy pequeños todavía, y que los pusieran al pie del altar, para que la incensencia de esas pobres criaturitas conmoviera el corazón de la Virgen. Allí acostados, los dejaron toda la noche, mientras ella, acompañada de algunas señoras y del servicio, rezaban entre lágrimas y angustia mortal.

No recuerdo a qué horas. Pero sí muy de mañana, el señor que había llevado el cuadro de la Virgen, se presentó nuevamente con la noticia, para todos inesperada, pues (los más connotados liberales habían pedido a Mosquera la vida de los presos), de que de un momento a otro el presidente había ordenado que no se ejecutara la sentencia. El milagro de la Virgen era patente; pero el calvario para los pobres presos apenas empezaba pues por orden de Mosquera, fueron conducidos con cadenas a pie al Magdalena. Mi mamá apenas lo supo mandó un criado con un caballo ensillado para mi papá que sufría del corazón y le habían prohibido los médicos el ejercicio fuerte; pero en aquellos tiempos de salvajismo puede decirse; fué inútil todo; porque uno de los guardias se aprovechó del caballo, y el pobre preso tuvo que seguir a pie y encadenado,

Al llegar al Magdalena embarcaron a los cinco presos en una canoa, y en otra iban los guardias. No se sabe si tenían orden de hacer ahogar a los presos; pero el caso es que al llegar a los saltos de Honda, los soldados abandonaron a los presos y siguieron a la orilla en una de las canoas, contando seguramente con que aquellos perecerían ahogados; pero nuevamente la Virgen de los Desamparados a quien mi mamá rogaba sin consuelo, amparó a los presos. La canoa en el Salto se volcó pero los presos todos pudieron cogerse a ella, y la corriente, cosa maravillosa, los arrojó a la orilla, donde de nuevo cayeron en manos de los soldados asombrados pues no esperaban que ninguno se salvara.

Y al fin los pobres presos llegaron a Honda (me parece) y allí los desembarcaron, en un vapor muy incómodo y encadenados ellos, para llevarlos a Cartagena.

No sé cuanto tiempo duraría aquel terrible viaje, el caso es que al llegar a Cartagena, fueron encerrados con grillos y cadenas en la Bóvedas de Bocachica, en un calabozo infecto y húmedo debajo del mar, cuyas paredes de piedra bañadas por el mar destilaban agua.

Entre tanto, mi mamá preparaba su viaje para seguir a su marido. Con todas las incomodidades de aquellos tiempos, emprendió su viaje, (julio 26 de 1,871) con Tulio, Pedro Nel y Santiago que estaba todavía de brazos. Le tocó por fortuna hacer el viaje en un vapor que llevaba a los Jesuitas desterrados; los que habían venido a Colombia llamados por mi papá cuando fué ministro de Instrucción Pública. Así el viaje fué menos amargo. La Virgen de los Desamparados velaba por ellos; acompañaban a mi mamá: Teodora Pérez, una señorita de buena familia; pero pobre que como ama de llaves, acompañó a mi mamá, desde que se casó hasta la muerte, muriendo ella, pocos meses después del fallecimiento de aquella; querida y respetada por toda la familia, como un miembro de la misma. Liboria Rodríguez una muchacha de Guasca, que muy joven fué como sirvienta, cuando era mi papá presidente, y murió también con nosotros, de más de setenta años. Esta fué siempre la encargada de cuidar de los niños, oficio que ejerció hasta que ellos estuvieron grandes pues mi mamá quería que aún de noche gurmiera Liboria cerca del cuarto donde ellos dormían. A este cuidado o vigilancia constante, aún en la juventud de aquellos, se debió probablemente la conducta de éstos. Gracias también a la Virgen de los Desamparados a quien ella los había consagrado.

La tercera persona de servicio, que llevó mi mamá en su viaje, se llamaba Domitila. Era una india bogotana, muy útil y despierta que sirvió en nuestra casa por más de veinte años, muy buena cocinera, Después de muchos días de navegación en el Magdalena arribó por fin el buque a Cartagena. Los Jesuitas siguieron en un buque de mar para Puerto Rico y mi mamá con los niños y el servicio se estableció allí, donde fué muy bien acogida por unos señores Gordón que la hospedaron en su casa tratándola como a miembro de la familia y prodigándole a ella y a los niños toda clase de comodidades. Era esta una de las principales familias de Cartagena. La Virgen de los Desamparados le había deparado aquella familia donde mi mamá se encontró como en su propia casa, rodeada de cariño y de cuidado, Gracias a esto pudo ella realizar sus proyectos de libertar a mi papá, de otra manera aquello habría sido poco menos que imposible.

No sin trabajo consiguió que le permitieran visitar a mi papá cada quince días, en aquel calabozo inmundo donde los pobres presos encadenados se consumían. Era tal la humedad

que un día al embarcarse ella para ir a visitar a mi papá vió una plantita en la orilla del mar y la arrancó para llevársela al pobre preso. El la colocó en la hendidura de las piedras y allí creció.

La situación de los pobres presos era espantosa, el aire infecto de aquel calabozo subterráneo, la humedad pues - las piedras destilaban agua día y noche, la falta de aire y de sol causó entre los presos una epidemia de disentería. Todos se contagiaron y la fiebre que los atormentaba era un alivio, a pesar de todo, pues se amontonaban unos contra otros para calentarse,

En esta situación imposible de resistir, mi mamá después de haberlos visitado y encontrado en aquella situación resolvió presentarse al gobernador de Cartagena, un tipo especial que se daba mucho tono y no tenía en su despacho más que una silla para él, de modo que quien iba a tratar algún asunto debía hacerlo de pie, mi mamá lo sabía. Cuando ella llegó, el señor éste estaba hablando con otro, y probablemente para que mi mamá no oyera lo que hablaban, salió con él. Ella aprovechó para sentarse en la silla y darse así una lección. Al volver el tal tipo, ella sentada en la silla le dijo: "Vengo a pedir a usted que si tiene orden de matar a los presos disimuladamente, los mate haciéndolos fusilar, vengo pues a pedir que fusilen a mi marido, pues ustedes lo que están haciendo es matando a los presos disimuladamente para que no se les impute el crimen, tenerlos con grillos en aquel calabozo infecto, sin remedios es un crimen.

"El hombre aquel, aunque debió enfurecerse, mandó que quitaran los grillos a los enfermos, único remedio que les proporcionaron.

Entre tanto mi mamá estaba tramando la evasión, pero hubo sospechas y fué puesta ella en la cárcel, pero exigió que una de las personas del servicio de ella la acompañara y fué atendida. Distoria fué a hacerle compañía. Creo que los mismos liberales protestaron contra semejante infamia. El caso es que solo duró en la cárcel unos pocos días; pero para asegurar mejor a los presos ordenaron que fueran trasladados a la cárcel de Cartagena, cárcel horrible, donde los sufrimientos de los pobres presos se aumentaron pues no salían nunca del horrible calabozo en que los tenían encerrados,

Pero la Virgen de los Desamparados a quien se pedía de continuo por la libertad de aquel ser tan querido, mi papá, iba a mostrar de nuevo su poder.

No sé cómo se relacionó mi mamá con un misionero italiano que trabajó incansable por regenerar aquella tierra y recorrió los pueblos y miserables caseríos con un celo y caridad incansables.

Era éste el que la Virgen le iba a deparar a mi mamá para realizar la casi imposible empresa de salvar a los presos.

El le enseñó una clave para que pudiera entenderse con mi papá por escrito; porque, aunque lo dejaban ver dos veces en el mes, la visita tenía que hacerla en presencia del oficial que la acompañaba al calabozo horrible, donde los cinco presos se consumían, con grillos y cargados de cadenas; pero allí podía ella mandarle la comida. El Padre Biffi le aconsejó a ella que consiguiera un juego de café que tuviera la manija de madera.

El, que entendía de todo, se arregló de manera de poder destornillar la manija de la cafetera o lechera sin que se pudiera notar y consiguió un papel tan delgado como el de seda, luego le dió una clave duplicada para que diera a mi papá una y ella usara la otra, que tanto de ida como de vuelta iba y venía en la cafetera. Así fué ya posible ponerse en comunicación para ir preparando la fuga. (En el armario que yo tenía en mi casa cuando me vine de religiosa y que era el de mi mamá, en un cajón estaban los papelitos de seda que mi mamá y mi papá escribían en clave para acordar la fuga, quien sabe qué suceso correría. Yo nunca pude descifrarlos porque aunque tenía allí la clave, no pude descifrala.

Si ustedes tienen esos papelitos que sean muchos, encontrarían algo muy interesante, pues allí está toda la historia de la huida.

El caso es que gracias a la clave pudieron combinar las cosas y así no fracasaron como la primera vez. Pero, era preciso romper los grillos y las cadenas y para esto necesitaban una sierrita que el Padre Biffi consiguió. Pero, cómo entregarla a los presos?

El amor lo puede todo, y la Virgen de los Desamparados a quien tanto los presos como el Padre Biffi y mi mamá y su familia, hacían continuamente la novena debía realizar el milagro.

Conseguida la sierra muy fina y muy pequeña, resolvió mi mamá llevarla a la visita que le permitieron hacer a mi papá cada 15 días, con un oficial presente: Llegado el día, ella ató la sierra con una cuerda y la colgó de la cintura debajo de la falda; pero de modo que pudiera sin ser notada soltarle y dejarla caer sin ruido para que quedara debajo de la banca donde ella se sentaba. (Los presos, o mejor dicho mi papá estaba informado de la cosa). Llegado el día ella se fué llevando la sierra de modo poderla hacer caer sin ser notada.

Soltarla y dejarla caer sin ruido para que quedara debajo de la banca donde ella se sentaba. (Los presos, o mejor dicho, mi papá estaba informado de la cosa). Llegado el día, ella se fué llevando la sierra de modo de poderla hacer caer sin ser notada.

Como el calabozo estaba en un piso alto, era preciso subir una escalera muy incómoda. El oficial que la acompañaba le dió el brazo para ayudarla a subir y cuando iban trepando por aquella escalera oscura y muy pendiente, sintió ella que la sierra se le caía. Instantáneamente se dejó caer como privada. Al verla así el oficial, se asustó y corrió a llevar agua para echarle en la cara, apenas él se retiró, ella como pudo, aseguró nuevamente la sierra de modo que cuando el guardia llegó con el agua para darle de beber, ella simulando que volvía del desmayo, tomó unos tragos de agua y ayudada por él, se levantó para seguir trepando la escalera. Así pudo introducir la sierra que una vez en el suelo, ella con el pié la empujó de modo que no pudiera verla el oficial.

Con esto, el instrumento más necesario para conseguir la libertad, estaba en manos de los presos. ¿No fué éste un milagro de la Virgen de los Desamparados!?

Como el centinela guardaba a los presos fuera de la puerta cerrada del calabozo, éstos por la noche, uno tras otro, pues mientras uno limaba las cadenas y los grillos, los otros dormían, fueron poco a poco limando aquellos y luego empezaron a limar los barrotes de hierro de la ventana por donde debían evadirse. Aquello fué obra muy larga pero al fin se realizó.

Otra vez la Virgen de los Desamparados manifestó su poder: caer a la calle era imposible por lo muy peligroso de ser descubiertos; pero una de las rejas de hierro del calabozo daba sobre una casa pequeña, Monseñor Biffi compró unos meses antes al dueño que era un liberal, aquella casa. Así los presos pudieron caer a ésta.

Después de varios meses de trabajar de noche las cadenas y los barrotes de la reja por donde debían salir y debían descolgarse, estaban listos; pero como se esperaba esto antes, ya mi mamá había tenido que pagar una gruesa suma a un vapor francés que debía recibir a los presos.

Esta vez fué un vapor inglés que al salir de la bahía los esperó, no sé cuántos días en una rada. El caso es que fijado el día y la hora, Sebastián Ospina hijo de mi tío Pastor, y un señor de Cartagena cuyo nombre no recuerdo, recomendado por el Padre Biffi y que murió en Guatemala en casa de mi papá, disimuladamente entraron a aquella casa que hacía meses no estaba habitada, a esperar la baja-

da de los presos hacia la media noche.

Amarrando unas sábanas con otras se fueron descolgando, uno tras otro por la reja cuyos barrotes de hierro habían limado. Una vez que estuvieron todos abajo, hacia la media noche, emprendieron la fuga a merced de la oscuridad de aquellas calles angostas y torcidas, los presos siguieron a distancia unos de otros, a los guías que iban adelante. Al llegar al mar, uno de los presos, no sé el nombre, no había llegado. La angustia de todos fue fué grande. Allí estaba la barca de unos contrabandistas que debía llevarlos a la rada, donde los esperaba un buque inglés que debía llevarlos a Puerto Rico, mediante una gruesa suma de dinero. Mi papá declaró que él no se embarcaría, dejando abandonado a un amigo. Fue preciso que los dos guías volvieran a buscar por las calles recorridas al pobre extraviado, afortunadamente no estaba muy lejos y pronto se embarcó con los otros en la lancha de los contrabandistas. Los cinco presos, Sebastián y el señor que les ayudaba, partieron; pero el peligro de ser descubiertos nos había pasado, pues al llegar a Bocachica donde había un retén, era necesario parar, para examinar lo que llevaba la barca, felizmente los contrabandistas que tenían bien establecido su negocio, acostumbraban pagar a los guardas cierta cantidad de dinero para que los dejaran pasar sin registrar la barca, en cuyo fondo estaban acostados los presos y medio cubiertos con el contrabando.

Salvos de aquel peligro, los contrabandistas los llevaron a la rada donde los esperaba el buque, y recibiendo el pago se alejaron.

Libres los presos después de quince meses de cadenas y prisión, debieron dar muy de corazón las gracias a Dios y a la Virgen de los Desamparados, cuya novena hicieron en la prisión, mes tras mes.

Decían, no sé si es verdad, que el buque en que iban los presos tenía que llegar a Panamá y que desde lejos pudieron ver a los soldados que en formación esperaban la llegada de los presos para apoderarse de ellos; pero un barco francés que pasaba por allí convino en recibirlos a bordo, y ellos se pasaron dejando así burlado al gobierno.

Sin más peripecias llegaron al fin a Puerto Rico, donde los Jesuitas los alojaron en su casa rodeándolos de cuidados y caritativas atenciones.

No se ve ese atrevido y casi increíble episodio de la vida de mi papá, más que patente la protección extraordinaria de la Virgen de los Desamparados?. Escaparse de aquella horrible cárcel de Cartagena cinco presos tan bien vigilados y cargados, como los tenían, de cadenas y con grillos.

Haber podido mi mamá tan joven e inexperta, realizar aquella proeza y el haber encontrado una ayuda tan grande en aquel santo misionero que vino a ser más tarde Monseñor Biffi. ¡Cómo no ver en todo esto la mano bendita de la Virgen de los Desamparados?!

La historia no está completa, pues ustedes se quedarán sin saber qué suerte corrió mi mamá.

Qué noche pasaría ella sin ver la suerte de los presos, ya se la pueden imaginar, qué angustia y qué sobresalto,!

Cuando ella vió que amanecía y ninguna noticia había llegado, comprendió que los presos se habían salvado, y pensó entonces en ponerse a salvo antes que intentaran apresarla.

No sé si por consejo del Padre Biffi o por inspiración de la Virgen, pensó salvarse y para esto, aunque no conocía al consul de Francia, se presentó a su casa y le dijo: Que se acogía a la bandera francesa, contándole lo que había ocurrido, ofreciéndole pagar su alimentación y los gastos que pudieran ocurrir mientras podía ella escaparse de Colombia.

Parece que el Cónsul, aunque no de muy buena gana, convino en que se quedara allí. La señora del Cónsul se majejó muy bien con ella, y le sirvió en cuanto pudo.

Entre las cartas de que ya le hablé, quedaron en el escaparate de mi mamá, había una carta de Napoleón Tercero, manifestando a mi papá su disgusto con el cónsul, porque había recibido la pensión que mi mamá ofreció pagar y decía que por ese motivo, había destituído al Cónsul.

Hagan las diligencias del caso para buscar esas cartas tan interesantes de que les hablo. Dicen que Mariano Ospina Pérez, piensa escribir la biografía de mi papá. ¡Cuándo interés podría darle todo eso, y hasta esto poco que yo les cuento a ustedes, pues creo que él no sabe la mayor parte de estas cosas.

Vuelvo pues, a mi mamá. Cuando fueron a buscarla a la casa donde vivía, y no pudiendo hacer otra cosa, pusieron un centinela, no en la puerta de la casa del Cónsul, sino al frente. Allí se remudaban y vigilaban día y noche. Sin molestar, eso sí en nada. Allí iba Teodora y las sirvientas con los niños y no les impedían la entrada.

Allí supo mi mamá, no sé cómo, tal vez por medio del Cónsul que los presos habían llegado libres a Puerto Rico y la esperaban con los niños.

Como escaparse ella?. Este era un verdadero problema muy difícil de resolver; pero aquella inteligencia de mi mamá, con la ayuda de la Virgen de los Desamparados a quien no dejaba ella de invocar su ayuda, le inspiró una idea feliz.

Le propuso a la señora del Cónsul que saliera con ella en el coche del cónsul, a bañarse en el mar a ver si así podía ella despistar al centinela y huir embarcada.

La señora muy amablemente convino y empezaron así sus paseos matutinos al mar donde se bañaban. Por muchos días el centinela hacía que el coche fuera al paso suyo y las acompañaba de ida y vuelta; pero al fin se cansó de aquel paseo y acabó por no ir más.

Cuando mi mamá se convenció que ya el centinela no las seguiría, arregló con Teodora y las sirvientas de modo que aquella comprara pasajes en alguno de los vapores que salían y llevaran disimuladamente el poco equipaje y tuviera también comprado el pasaje para ella, que al día de la partida o a la víspera sin ser notados, a diferentes horas y por distintas calles salieran cada una con uno de los niños y se embarcara; que ella con la ayuda de la Virgen, llegaría a tiempo de partir el buque.

Así lo hicieron, y una mañana cuando nadie podía sospecharlo, se fué con la señora del Cónsul a bañar al mar, y con sorpresa seguramente del centinela, no volvió más. Ya el buque había partido y ella estaba libre rodeada de sus hijos.

No sería la Virgen de los Desamparados la inspiradora de aquella fuga admirable?!

Cuando los fugitivos llegaron a Puerto Rico, los Jesuitas tenían una casita con todo lo necesario, y ya pueden imaginar la felicidad de volverse a encontrar con mi papá y los compañeros, y la gratitud hacia aquella bendita Madre de los Desamparados.

Después de algunos meses, exhaustos como tenían que estar de recursos, pues aunque mi mamá había recibido la herencia en dinero de mi abuelo; los gastos habían sido enormes y los recursos escaseaban. En Puerto Rico era casi imposible poderse ganar la vida, y resolvieron que se fueran mi tío Pastor y Sebastián a Guatemala para ver si era posible establecer allí un colegio.

El gobierno allí era conservador y los recibió muy bien, así que se resolvió emprender el viaje a Guatemala.

Cuando llegaron allí los Jesuítas entre los que se hallaban algunos desterrados de Colombia como el P. Paul, el P. Tagnada y otros, se habían valido de los señores amigos y les tenían lista y amoblada una casita con todo lo necesario.

Establecido el colegio con tan buenos catedráticos, pué posible allí la vida. Mi mamá no se contentaba conque solo los hombres trabajaran sino que hizo un pedido a Europa de loza y cristal y estableció un almacén donde puso a vender a Liboria.

Más tarde mi papá compró un terreno y estableció el primer cafetal que hubo en Centro América.

Las buenas noticias llegadas a Medellín de los fugitivos, llenaron de entusiasmo no solamente a los parientes sino a otras personas, y huyendo del gobierno impío que perseguía la religión e imponía la instrucción laica, más de cinco familias emprendieron viaje a Guatemala, donde se establecieron y vivieron muchos años. Algunas se quedaron y otras, la mayor parte regresaron a Antioquia, cuando el gobierno del Dr. Berrío.

Probablemente mi papá se hubiera quedado con la familia allí; pero desgraciadamente cayó el gobierno conservador y al subir el liberal empezó la persecución de los Jesuítas. Mi papá se puso de parte de éstos y escribió artículos defendiéndolos. El gobierno se puso en contra suya, y fué preciso salir abandonando aquellas tierras hospitalarias, cuyo recuerdo conservaron mis padres y mis hermanos con el mayor cariño.

Mi padre había dejado allí el primer cafetal que se estableció en Guatemala. Después de muchos años, Rafael y María llevando a Enriqueta, fueron a Guatemala para arreglar, Rafael con Pedro Nel que hacía algún tiempo estaba allí, la venta de los cafetales, por eso Alfonso nació allí.

También habían nacido en Guatemala, mis hermanos: María, Mariano, Cecilia y Francisco. Este último murió en el camino cuando regresaban a Colombia.

Esta la historia de aquellos primeros tiempos. Yo no existía entonces, pues nació no sé si un año o más, después de que la familia volvió a Medellín, el regreso de ésta fué probablemente en 1.872.

La última parte de la historia de nuestra familia es digna de ser conocida, si tengo tiempo la escribiré con ésta aunque es más conocida.

REMINISCENCIAS

Continuacion.

Había dejado. en la historia que les mandé, a nuestra familia en Guatemala. Allí los Jesuitas ayudados por varias personas les tenían la casa aperada de todo lo necesario; pero era preciso ver como ganarse la vida, así es que mi papá y mi tío Pastor Ospina, abrieron un Colegio de varones que fué muy concurrido; mi mamá hizo un pedido de porcelana y cristal a Europa y abrió un almacén donde vendía Liboria, y así pudieron sostenerse.

Las noticias que llegaban a Medellín de la vida tranquila y feliz de que los expatriados gozaban en Guatemala, movieron a casi toda la familia a abandonar la patria esclavizada por el partido liberal que gobernaba en Colombia, y fueron a establecerse en Guatemala: mis tíos Pedro, Eduardo, Manuel Bautista y mi tía Rosa Vasquez, ya casada; se fueron a establecer allí también mi tío Julián Vázquez (padre de Miguel con toda la familia, el doctor Recaredo Villa casado con Pastora Vázquez, el doctor Fabricio Uribe con su familia y otras personas que no recuerdo. De Bogotá fueron también a establecerse allí algunas de las familias Ospinas. De modo que en poco tiempo se formó en Guatemala una muy honorable colonia colombiana que gozaba de la estimación general, de la sociedad guatemalteca, y así varios de los miembros de nuestra familia se casaron muy bien.

La vida corría tranquila y feliz en aquella tierra hospitalaria, cuando desgraciadamente subió a la presidencia un sujeto liberal, el General Barrios que muy pronto empezó la persecución religiosa, (10 años quizás después de la llegada de nuestra familia a Guatemala). Mi papá empezó a escribir en los periódicos en defensa de los Jesuitas y ésto le atrajo la enemistad del presidente y se le notificó que debía en muy corto término salir de Guatemala.

Fué preciso pues dejar aquella segunda patria donde tan felices habían vivido, para regresar a Colombia. Allí quedaba María Joséfa Ospina, nuestra hermana que había casado con José Mariano Romá. Manuel y Bautista hermanos de mi mamá casados allí también y algunos otros.

Como Colombia se había dividido en Estados Soberanos, Antioquia, por fortuna, tenía por presidente al doctor Pedro Justo Berrío, pues imperaba allí el partido conservador.

El viaje precipitado fué difícil y penoso. Ya en tierra antioqueña, murió en el camino el menor de los niños, Francisco que apenas tenía algo más de un año y fué preciso dejarlo enterrado y seguir el penoso viaje con aquella pena.

Por fin los desterrados llegaron a Medellín, donde fueron recibidos con entusiasmo y cariño. Llegaron a una casa, frente al costado del colegio de las Hermanas de la Caridad, allí gozaron y sufrieron mucho; allí murió Cecilia, la menor de los hijos nacidos en Guatemala, y fué también allí donde mi papá recibió la fatal noticia de que Mercedes y Marcelina sus dos hijas, habían ahogado en el río Cauca.

El valor moral de mi papá era heroico. Como había recibido la sentencia de muerte, recibió esas dolorosas noticias. No dijo una palabra, se encerró en su cuarto por varias horas y luego salió de allí sin volver a hablar una palabra de lo ocurrido, para no mortificar a nadie.

Después de tanto sufrimiento, disfrutaron unos pocos años de tranquilidad; pero estalló la guerra del 76 y desgraciadamente, en los Chancos el partido conservador fué vencido,

En aquella batalla estaban Tulio y Pedro Nel muy jóvenes todavía, mi papá los había mandado a luchar por la religión y la patria, ya que él por sus enfermedades y sus años no podía hacerlo.

El sufrimiento de aquellos largos meses fué terrible, pues según cuentan, no llegaban noticias. Tulio era Capitán y Pedro Nel era ayudante del General Marceliano Vélez. En el combate de los Chancos, los conservadores fueron definitivamente vencidos. Tulio cayó herido en una pierna. Cuando éste se dió cuenta de la derrota comprendió que si era reconocido por los liberales triunfantes, lo asesinarían; y arrastrándose como pudo, desvistió a un soldado muerto y se vistió con el uniforme de éste, vistiendo al muerto con el suyo, así fué que al recorrer el campo fué hecho prisionero pero pasó por un simple soldado. Allí, aunque estaba herido, lo obligaron a echarse a cuestras a un soldado liberal que estaba también herido. Esta inteligente maniobra, fué causa de grandes sufrimientos para nuestra familia, porque por más averiguaciones que se hicieron nadie daba razón de Tulio, pues no figuraba ni entre los vivos ni entre los muertos o heridos. Mi papá estaba convencido de que había muerto y lo lloraba como a tal; pero mi mamá en medio de su dolor, pues era la persona más afectuosa, sostenía que Tulio no estaba muerto porque ella los había entregado a la Virgen, y estaba segura de que aquella los había salvado. (Este es el motivo de aquel cuadro que ustedes conocieron en Sorrento, en que Tulio vestido de soldado estaba al pié de la Inmaculada.

El pobre Tulio sufrió horriblemente pues lo trataban como a un infeliz soldado prisionero. En Cali y en Popayán lo sacaban con otros presos a pedir de casa en casa la limosna de algunos sobrados de comida para no morir de ham-

bre porque los liberales no mantenían a los presos.

A los 3 meses de llevar tan triste vida, lo llevaron con los otros presos a Manizales, y como por casualidad, llegaron a pedir la limosna de comida a la casa de mi tío Castor María Jaramillo, tío de mi mamá que sabía la pérdida de Tulio. Aquel lo reconoció y acercándose le preguntó si él no era Tulio Ospina, éste que no lo conocía trató de despistarlo; pero mi tío le dijo que le dijera la verdad pues era su tío. Aclarada la cosa aquel consiguió que se le diera libertad, informando a la familia lo ocurrido, después de tantos días de amargos sufrimientos.

Fue después de esta noticia que mi mamá hizo pintar el cuadro de la Virgen que por muchos años se veneró en la iglesia del Poblado, hasta que refaccionada ésta, el cuadro ya sobraba y entonces Tulio lo llevó a Sorrento, donde ustedes lo habían visto sin saber lo que representaba. ¡Qué buena ha sido la Virgen con nuestra familia!...

A pesar de lo difícil de la situación económica de la familia, pues los compartos eran enormes, pudieron mandar algo a Tulio que fue a reunirse a Panamá con Pedro Nel. Allí era obispo el Rvdo. P. Paul, Jesuita amigo íntimo de la familia y compañero de destierro en Guatemala. Él ayudó para que pudieran hacer el viaje a California, y fueron ellos a casa de María Josefa nuestra hermana, casada con José Mariano Romá que los acogieron con mucho cariño. Ellos iban a seguir allí sus estudios; pero no querían ser de peso a sus parientes, así que tan pronto como pudieron hablar un poco de inglés ingresaron a la Universidad de California y se dedicaron al estudio de minas; pero para ayudar a sostenerse consiguieron colocación (me parece en una droguería), para trabajar en las horas libres de la noche.

Entre tanto los liberales seguían triunfando y muy pronto Antioquia fue invadida por las tropas del Cauca, compuestas de negros semisalvajes.

Nosotros vivíamos en la casa de la esquina frente al colegio de las Hermanas (que llamaban la casa de Guanteros) aquella era muy grande y tenía un solar que daba a la cuadra de atrás. Mi papá estaba allí escondido. Una noche, Teodora (la señora que había acompañado a mi mamá desde que se casó) estaba con un cólico, y mi mamá mandó a Liboria y otra sirvienta que fueran al solar a coger yerbas aromáticas para unos fomentos. Ellas fueron y "Filis" el perro las siguió. Al entrar probablemente el perro ladró y ellas pudieron ver que sobre las paredes estaban los negros caucanos, que eran el terror en Medellín. Como Liboria era muy inteligente y formada por mi mamá hizo como que cogía las ramas y que nada había visto, y salió con mucha

calma con la compañera y el perro, a dar a mi mamá la terrible noticia.

Esta aterrada, temblando por la vida de mi papá, pensó en pedir socorro al Dr. Fauriciano Escobar (el papá de Amalia Escobar), que vivía en la esquina frente al colegio de las Hermanas; pero cuando quiso inspeccionar la calle por la rendija de una ventana, vió que en la calle estaban también los negros. En medio de la angustia no sabía que hacer más que invocar a la Virgen para que los alvara.

El auxilio de la Virgen de los Desamparados no se hizo esperar- "Pilis", el perro, saltaba junto a ella y parecía pedirle que le abriera la puerta, pues iba hasta ésta y volvía. Ella sintió como una esperanza y entreabriendo la puerta, dejó salir al perro. Mientras tanto todos rezaban pidiendo la ayuda de la Virgen.

Contado por el Dr. Fauriciano, el caso pasó así: El estaba trabajando en el cuarto del zaguán cuando vió entrar al perro que él conocía. El pobre animal parecía que quería hablarle, pues ladraba, salía afuera, volvía a entrar como diciéndole que le siguiera. Intrigado el señor lo siguió y al llegar a la esquina, vió la casa nuestra rodeada de negros. Haciéndose disimulado, volvió a la casa cerró la puerta y se fué a hablar con los que todavía representaban al gobierno conservador, pues estaban cabalmente tratando con los jefes liberales, las condiciones para la entrega. Informados de lo ocurrido, éstos se comprometieron a salvar a mi papá y acuartelar a los negros. Con ellos fueron los señores conservadores que estaban allí y de este modo, nuevamente la Virgen de los Desamparados, salvó la vida no solo de mi papá sino de toda la familia, pues aquellos negros eran el terror de todos, por sus crímenes y villanías.

Era preciso dejar aquella casa tan aislada, pues todavía Medellín era muy pequeño, y así se pasó la familia a una casa alta contigua y comunicada con la de mi abuela (Mi mamita Antonia) como la llamábamos. Esa casa quedaba sobre la calle (me parece que se llama de Palacé), de la Catedral para la Quebrada, y al frente estaba la casa del Dr. Manuelito Uribe el médico tan querido y conocido en Medellín.

Este, cuando llegó el Gral. Trujillo, el Jefe triunfador en los Chancos, que venía con su estado mayor y debía ser el Arbitro de la suerte de la infeliz Antioquia, le dió para vivir, su casa. De manera que frente a la nuestra, (en aquella calle tan angosta) estaba la casa del jefe supremo del Estado.

En aquella casa en que vivimos poco tiempo sucedió una co-

sa para ustedes muy interesante, que fué algo muy terrible para María y toda la familia. Por olvido probablemente, Santiago que había partido con papá dejó un revólver cargado sobre una mesa de su cuarto. Margarita Rodríguez, que ustedes deben conocer, que sirvió en nuestra casa muchos años, hasta que se casó, era muy joven, casi niña, bajó al cuarto donde había dormido Santiago y María más o menos de la misma edad, bajó también con ella mientras aquella destendía la cama, María cogió el revólver que estaba cargado y montado; probablemente tocó el gatillo y se escapó el tiro que fué a atravesar el costado de Margarita. Mi mamá oyó la detonación y corrió a ver qué había ocurrido. Al llegar a la escalera se encontró con Margarita que alcanzó tan solo a decir: "No fué de intento, cayó desmayada". Entre tanto María como loca de dolor, daba gritos. Mi mamá medio muerta de angustia, hizo llevar a Margarita a la cama mientras los demás trataban de calmar a María; pero desgraciadamente la detonación había sido oída en la casa donde estaba Trujillo, y al momento se presentaron unos militares a preguntar la causa de aquella detonación. Mi mamá les explicó lo ocurrido; pero le fué notificado que iban los médicos y que Trujillo mandaba para que examinaran a la enferma y que, si ésta moría, María sería encarcelada. Llegó al mismo tiempo el Dr. La Rocha, al oír esto, mi mamá cayó de rodillas ante una imagen de la Virgen de los Dolores y con esa fé y fervor que el dolor hacía más vivo, le pidió entre sollozos que salvara a la enferma. No se trataba solamente de la vida de Margarita sino también de la suerte de María condenada de antemano a ser encarcelada.

Los médicos dándose tono, se despidieron y solo quedó el Dr. La Rocha confundido sin saber qué podía hacerse a la enferma. La operación en aquellos tiempos sobre todo, era mortal, y tampoco parecía posible que la enferma pudiera vivir con la bala en el pulmón.

La pobre María estaba como loca de dolor. El Dr. prescribió lo que pudo sin ninguna esperanza y se retiró seguro de la muerte de la enferma; pero mi mamá, que ya sabía de milagros, rezaba sin descanso a los pies de la Virgen de los dolores, pidiendo el remedio de aquella gran necesidad, pues no se trataba solamente de la vida de Margarita sino de la suerte de María a quien pondrían en prisión según lo habían notificado.

Pasó aquel terrible día y también la noche sin que la temida muerte se presentara. Llegó el médico pensando encontrarla muerta y se sorprendió al ver que la enferma no había empeorado. Esta situación favorable e inesperada llenó de esperanza a todos. "Si se salva es un milagro", dijo

el medico; pero, qué remedio podría aplicarse?, era preciso que la Virgen lo hiciera todo; y así lo hizo: Muy pronto la enferma estaba fuera de peligro y la tisis de que la creían amenazada, jamás se presentó. Por el contrario, ustedes que deben conocer a Margarita Rodriguez, sabrán que cuenta con más de ochenta años, ha sido madre de varios hijos, ha trabajado como pocas mujeres para sostener su numerosa familia; porque el marido, cuando vió que ella lo podía mantener, dejó su oficio de carpintero para vivir a cargo de su mujer que lo levantó de su clase y lo sostuvo como a un príncipe sin trabajar en nada. Las hijas ustedes las conocen. Ella las educó muy bien y todas disfrutaban de regular fortuna.

No fue esto un nuevo y espléndido milagro de la Virgen?

Cuando Margarita estuvo levantada y perfectamente bien; mi mamá les mandó pedir a los médicos liberales el favor de ir a hacer una visita a la enferma. Estos fueron, quizá por curiosidad, y ella les presentó a la enferma, perfectamente curada, diciéndoles con ironía: como ustedes se interesaron tanto por la enferma, tengo el gusto de presentársela por si quieren examinarla. Ellos corridos, la felicitaron y se retiraron.

Después de esto, como mi papá estaba desterrado en Bogotá, y (pues en ese tiempo Colombia estaba dividida en Estados Soberanos e independientes, mi mamá resolvió, venirse con la familia a Bogotá donde se podía disfrutar de un poco más de tranquilidad que en Medellín. Mi tío Eduardo con mi abuela (mamita Antonia, como la llamábamos), siguieron su ejemplo y se vinieron con ella, trayendo sirvientas, pájaros etc. Aquel viaje entonces era muy largo. Francisco y yo, que éramos muy pequeños, veníamos en silletas y al paso del hombre que nos traía, andaba aquella gente. Era preciso en cada posada hacer el almuerzo las sirvientas, cuatro o cinco que venían, y en otra hacer la comida y dormir, cargando para estos casos, no solo cayas, -loza etc. sino tambien colchones, almohadas, cobijas etc., en Almoirez. No sé cuánto tiempo se empleó; pero el caso es que llegamos a Bogotá, donde mi papá nos tenía lista una casa contigua al convento de Santa Inés. Allí vivimos no sé cuanto tiempo; debió ser poco; porque cuando regresamos, en la misma forma, Francisco y yo éramos todavía muy pequeños y nos llevaron a caballo amarrados con sábanas a la silla. Ese viaje se hizo por Manizales y parece que fué muy penoso por lo malo y largo de los caminos. No sé a dónde llegamos, sólo recuerdo que algún tiempo despues de llegar, nos pasamos a la "Casa nueva" así llamábamos

lo que es hoy la gobernación, casa que mi mamá hizo edificar y que entonces era de lo mejor que había en Medellín. Aquello debía ser en el año 1.879; porque a los pocos meses de estar viviendo allí, nos fuimos, como de costumbre a pasar el diciembre en la casa del Poblado.

Estando allí estalló aquella terrible guerra en la que, desgraciadamente fueron derrotados, los conservadores por el General Rengifo, otro caucano, hombre de la plebe.

Aquello fué desastroso, el robo, el saqueo y toda clase de delitos se cometían impunemente.

Hacia pocos días que los conservadores habían sido derrotados en el Cuchillón, cuando se presentó en el Poblado, donde estábamos viviendo con mi mamá Antonia, una ronda, los soldados que la componían iban con los sombreros adornados con pedazos de damasco rojo que mi abuela reconoció pues eran los restos de las lujosas cortinas de su casa. Como nadie podía ir a Medellín, pues los retenes no dejaban pasar, fué por los soldados que se supo que tanto la casa de mi abuela como la nuestra habían sido saqueadas y estaban sirviendo de cuarteles....

Nada se podía hacer, pues los retenes no permitían el paso. Así fué como de aquel salvaje saqueo no quedó nada: Los muebles, los espejos, cuadros, etc. fueron arrojados a las calles y allí se los peleaban los rojos.

Pero esto no era más que el principio de aquella horrible persecución que sufrió Antioquia. Pronto la tiranía lo invadió todo. Aquellos bandidos disfrazados de militares, lo saqueaban todo. A nuestra casa del Poblado llegaron cuando menos se les esperaba y se llevaban cuanto encontraban: las vacas, los caballos, las gallinas y todo lo que les parecía bueno o vendible. Para comer o almorzar era preciso tener una persona que desde el corredor de la casa vigilara para que pudiera avisar que llegaba la ronda, y así mientras ésta subía la manga, que era muy grande y pendiente, se alcanzaba a esconder en unos hoyos los cubiertos, vasos de plata etc. que se cubrían con tierra y hojarasca. Por la noche cuando todos dormían, llegaba la ronda que buscaba a mi papá que era el jefe civil de los conservadores. Por este motivo el pobre ya viejo y enfermo de tanto sufrir, vivía escondido en los ranchos o en los montes.

Un día llegó a la casa al anochecer, disfrazados de campesino y le dijo a mi mamá: ya no puedo más estoy rendido de cansancio, yo me quedo aquí. Mi mamá le rogó que no lo hiciera pues podía llegar la ronda y cogerlo; pe-

ro él no quiso irse: se acostó en su cama, por primera vez después de mucho tiempo y como hacía calor dejó entreabierta la puerta del cuarto. A la media noche, se oyeron los golpes en la puerta, era la ronda que llegaba.

Mi mamá, ya acostumbrada a esto, se levantó como pudo, temblando por la vida de mi papá, que con aquella calma que lo distinguía permaneció tranquilo en la cama.

Habierto la puerta entró la ronda que empezó la búsqueda, pero, cosa providencial, como la puerta del cuarto de mi papá estaba abierta no entraron allí. Otra vez la Virgen de los desamparados a quien mi mamá invocaba sin cesar, acompañando los soldados, le salvaba a él la vida.

Terminada la ronda, los soldados se fueron, y mi mamá pudo respirar y caer de rodillas para agradecer a la Virgen aquel patente milagro; pero era preciso otro milagro, pues los soldados se habían llevado prisioneros a Hermógenes la dentradera y el criado, que no recuerdo como se llamaban. A éstos pensaba mi mamá, los obligarían a confesar con juramento si mi papá estaba en la casa. (El criado ignoraba que mi papá estuviera esa noche en la casa).

En esta zozobra no pudo dormir ni tener tranquilidad. Ya al medio día llegaron Hermógenes y el criado. Apenas ésta llegó, mi mamá llena de angustia le preguntó: ¿Qué juraste? Ella muy tranquila le contestó: Me preguntaron exigiéndome que contestara con juramento si el Dr. Ospina había dormido en la casa. Yo juré que no lo sabía. ¡Por Dios Hermógenes, juraste en falso! No, respondió ella, como no dormí con él, no sabía si había dormido o no.

No sería éste un nuevo milagro de la Virgen? Que una mujer ignorante obrara así? con esa tranquilidad, que despistó a los enemigos, no es un milagro? Si ella hubiera jurado que sí había dormido mi papá en casa, se habrían convencido de que él estaba en algún escondite cercano, y de algún modo lo habrían descubierto.

Pero aquello de zozobra y angustias no se podía ya soportar y los jefes conservadores, que estaban también escondidos en otras partes resolvieron huir de Antioquia para pasar a otro estado y con ellos emprendió mi papá la huida.

Ignoro cómo y dónde se reunieron para emprender la huida, ni quienes eran. El caso es, que se escaparon y emprendieron la fuga por atajos intransitables, y cuando iban ya muy lejos en un atajo terrible, la bestia que montaba mi papá se cayó con él sobre unas piedras y le despedazó una pierna.

El usó siempre botas hasta las rodillas; al ser levantado de la caída y encontrarse imposibilitado para seguir adelante, pidió que no le quitaran la bota que era lo único que podía servir como de tablillas y en medio de terribles dolores sin ningún remedio, lo llevaron en peso a un ranchito abandonado en medio de la selva; que una mujer, que providencialmente encontraron, les indicó, como un lugar seguro. Era un rancho que hacía tiempos habían hecho unos labradores que hicieron allí una siembra de maíz. Conducidos por ella y llevando entre todos el enfermo que no podía dar un paso y sentía terribles dolores, llegaron al rancho casi arruinado en medio del monte. Aquel tenía una especie de zarzo allí, haciendo una escalera, lo subieron. El les había rogado que lo dejaran allí solo y cuando salieran de los peligros que los amenazaban, le hicieran saber a mi mamá dónde se encontraba y le indicaran cómo podía ir allí.

Antes de despedirse ellos le dieron dinero a la mujer para que le llevara de comer todos los días a mi papá. Ella se comprometió a llevarse frisoles y arepa cada día, (dos cosas que él nunca aprendió a comer).-

La mujer cumplió la promesa y no le dejó de llevar el alimento que calentaba en un rincón del rancho. Esto fué un nuevo peligro de mi papá porque el olor de la ceniza, sería atraído al tigre, y éste se presentó; pero por gracia de Dios no pudo subir al zarzo.

Los días pasaban sin que nadie llegara, y los dolores de la pierna aumentaban cada día; la hinchazón era tal que el cuero muy grueso de la bota empezaba a rajarse.

Por fin después de muchos días, el Dr. Olózaga (papá de Susana) con varios peones y una especie de camilla, y después de presentarse, con el mayor cuidado lo bajaron, no sin terribles dolores, pues empezaba a presentarse la gangrena.

Olózaga, como ustedes lo saben era liberal y no tenía ninguna relación con la familia nuestra; pero mi mamá, que conocía bien los liberales de aquellos tiempos, no creyó poderse fiar de ninguno y los conservadores no podían hacer nada pues los tenía el gobierno presos los unos y huyendo o escondidos los otros. Ella se presentó al Sr. Olózaga y le dijo que como no podía fiarse de ningún liberal que la traicionaría, iba a perderle a él un gran favor; porque siendo español debía tener sentimientos nobles y caballerosos.

El Sr. Olózaga muy noble y cortés, le aseguró que haría

hasta lo imposible para presentarle el servicio que de él necesitaba. Entonces ella le refirió lo ocurrido y la situación en que mi papá se hallaba completamente inválido y abandonado.

Inmediatamente aquel señor dió los pasos necesarios y emprendió camino llevando peones para el traslado de mi papá.

Ignoro cuanto tiempo duraría aquello. El caso es que, aquel noble español consiguió traer a mi papá ocultamente llegando a media noche con él a la casa de Natalita Barrientos, tía de Estanislao, una santa. La casita edificada solamente por ella y Wenceslao, era muy pequeña y allí estaba nuestra familia con el servicio y el de mi abuela que era también numeroso, y ella que estaba acostumbrada a las mayores comodidades. Yo le oí decir a María varias veces, que ella dormía debajo de una mesa y por lo que puede imaginarse, así dormiríamos nosotros, yo no lo recuerdo.

Parece que a media noche con todo sigilo llegó el Sr. Olózaga con mi papá. Nosotros los niños no supimos nada. El médico de la casa Dr. Larroche lo examinó, después de haberle cortado la bota que estaba ya para abrirse con la hinchazón de la pierna y encontró que empezaba a gangrenarse y empezó la curación con inmensas dificultades de toda clase.

Ignoro cuantos días estuvo mi papá en aquella casa, creo serían dos o tres, cuando se presentó la ronda y naturalmente encontraron a mi papá gravísimo; pero inmisericordes dieron la orden de llevarlo a la prisión, a pesar de las protestas de mi mamá. En la misma tarde lo llevaron y mi mamá al pie de él. Llegaron a la cárcel que era la casa donde funciona hoy el colegio de María Auxiliadora. Al entrar, mi mamá que iba al pie de la camilla, quiso seguir; pero el centinela la rechazó. "Sólo pueden entrar aquí los presos", dijo el oficial. "Yo me declaro presa, dijo mi mamá y se entró. Nadie se atrevió a insistir, y quedó allí presa, día y noche al pie de mi papá cuidándolo.

Había allí varios sacerdotes presos y un obispo creo que era el de Antioquia. Cuando se oyeron los dobles de las ocho de la noche, mi mamá, que acostumbraba siempre empezar el rezo del rosario a esa hora, (sin respetos humanos aunque hubiera visitas) le dijo al Sr. Obispo: Su señoría, no le parece bueno que recemos el rosario?"

Quien sabe qué ocurrirá si lo hacemos", le dijo éste.

"Sí su señoría, quiere, yo hago coro", y ella sin más empezó ella el rezo al que se unieron todos los demás sacerdotes y personas que estaban allí presos.

La situación de mi papá, después de largos días de prisión en aquella casa llena de soldados y presos se hacía cada vez más grave, y los mismos médicos liberales que le hacían las curaciones pidieron al gobierno que lo dejara trasladar en calidad de prisionero al Hospital de San Juan de Dios, que estaba a cargo de las Hermanas de la Caridad.

Esto fué un gran alivio para él y para mi mamá.

Fue conducido en la camilla, rodeado de soldados al hospital, y mi mamá al pie del pobre enfermo que sufría terribles dolores pues la gangrena no había cedido.

En el hospital- las Hermanas de la Caridad le tenían ya listo el cuarto y allí quedó como prisionero con centinela de visita día y noche.

Aquel fué un gran alivio para el pobre enfermo que salía de una cárcel infecta, donde pasaba los terribles dolores en medio de presos y soldados en un cuarto común; y para mi mamá, única mujer que había en la cárcel, luchando para poderlo cuidar sin los recursos mas indispensables.

Allí podía la familia visitarlos, y tenían todos los recursos: médicos, enfermeras, etc. y sobre todo estaban las Hermanas que se dedicaron a cuidarlo día y noche. Bendito sea Dios! que el les haya pagado en el cielo.

En la caja de joyas de mi mamá, entre una canastica de pasta muy pequeña, guardaba tres cuartas que Francisco y yo (que éramos muy niños) les llevamos de regalo para que compraran una casa porque los liberales se habían robado la nuestra.

La cuarta era una moneda de níquel, la más pequeña de todas y equivalía a medio centavo. Mi mamá llorando recibió nuestro regalo que para nosotros era muy valioso pues no estando ella en la casa y en aquellas circunstancias poco sería lo que nos daban.

Ignoro cuanto tiempo pasaron mi papá y mi mamá en el Hospital, sin que a ésta se le permitiera salir siquiera para dar una vuelta a la casa donde estábamos viviendo amontonados todavía en la casa de Natalita Barrientos. Al fin terminó aquella guerra con sus horrores y calmó la persecución religiosa que fué espantosa. Sólo los sacerdotes que prestaron el juramento, con el cual quedaban excojula-

gados, podían ejercer el ministerio. Gracias a Dios fueron muy pocos, y la gente los miraba con horror.

Los demás sacerdotes habían huído y vivían en los bosques o escondidos en las casas de los campesinos; los templos fueron saqueados, y profanados los vasos sagrados. Algunos de aquellos miserables se atrevieron a entrar a caballo a las iglesias, y daban de beber a los caballos el agua bendita. La iglesia que hoy es de los Jesuitas era un cuartel, y las mujeres de los soldados cocinaban con la madera de los altares y confesonarios. Yo recuerdo haberlas visto en la plazuela cocinando,

Los sacerdotes fieles que caían en las manos de los liberales, los vestían de soldados y los obligaban a todos los trabajos de éstos, dándoles palo cuando no podían desempeñar lo que los obligaban a hacer. Yo recuerdo todavía, a pesar de no contar más de cinco años, la pena que sentía cuando yendo por la calle la sirvienta que nos acompañaba, nos decía: "Ese es Padre", iban vestidos con la chaqueta roja como cualquier infeliz soldado y les imponían los trabajos más duros.

Creo que mi papá fué desterrado de Antioquia y no recuerdo más, hasta la guerra del 85 que ya es cosa moderna.

GUERRA DEL 85.-

Al fin pasaron aquellos terribles tiempos y se estableció la paz.

Con muchos esfuerzos y con el trabajo de mis hermanos, que al regresar de los Estados Unidos, después de varios años de estudio, fundaron el primer laboratorio para fundir el oro y con los esfuerzos que Santiago había hecho para sostener las fincas, se pudo pensar en edificar otra casa pues la que hoy es la gobernación no se nos restituyó.

En un lote, que creo regaló a mi mamá, mi abuela (mami-ta Antonia) contiguo a su casa y que ustedes bien conocen, frente a la puerta lateral de la Catedral, se edificó una casa de dos pisos; grande y cómoda.

Mis hermanos que por experiencia sabían lo que era la persecución del partido liberal al edificar la casa, en la parte baja donde funcionaba el laboratorio y la fundición del oro y la plata hicieron escondrijos que sólo ellos conocían.

En los últimos meses de 1.884 mi papá cayó gravemente enfermo de un tumor en el hígado que hacía algunos meses lo molestaba.

Estando en esa situación estalló la llamada guerra del 85 en la cual ayudados por el Dr. Rafael Núñez subieron al poder los conservadores. Al empezar esta guerra el Directorio Conservador compuesto del Dr. Marceliano Vélez, mi tío Eduardo, el Dr. Alejandro Botero, D. Abraham Moreno y también mis hermanos Tulio, Pedro Nel y Santiago se estableció en nuestra casa sin que los niños ni las sirvientas se dieran cuenta de ello; pues vivían en la parte baja en lo que ocupaba el laboratorio. Uno de los empleados de éste, Alejandro García (talvez se llamaba Alejandro), que había sido telegrafista, con su máquina, desde un cuarto del tercer piso, cogía sin que nadie pudiera sospecharlo, pues conectaba con un simple alambre, casi invisible, su máquina con los hilos del telégrafo. Gracias a esto, el Directorio estaba al corriente de lo que pasaba en la guerra.

El gobierno desde que empezó la guerra puso centinela en la puerta de nuestra casa, de manera que ni de día ni de noche se podía salir sin que éste lo permitiera.

Con frecuencia se presentaban los rondas cuando menos se esperaban, rondaban todas las partes de la casa pero no encontraban ni hombres ni armas. Al ante víspera tal vez de la muerte de mi papá, que estaba agonizante, llegó la ronda y se presentó al cuarto de mi papá buscando aún debajo de los colchones, armas, según decían ellos. Mi papá no dijo una palabra; pero cuando mis hermanos al anochecer entraron al cuarto, él los buscaba con la vista como queriendo contarlos con angustia. Hasta en los últimos momentos de su vida fué víctima del partido liberal.

Des o tres días después, murió rodeado de su esposa y sus hijos, ayudado, en aquellos momentos, por el Padre Arjona Jesuíta que él había traído a Colombia, con el R. Padre Ramírez y el Hermano Montenegro que llegaron a Medellín a una casita contigua a la casa de Estanislao Gómez, donde aquellos vivieron desde el mes de septiembre, figurando como simples sacerdotes. Mi papá había dicho que quería morir ayudado por un Jesuíta, y Dios le concedió esa gracia. Murió el 11 de enero de 1.885.

Naturalmente al entierro de mi papá no pudieron asistir mis hermanos porque estaban escondidos.

Por demás está el hablar del dolor que la muerte de mi papá causó a mi mamá que había vivido para él, y a mis hermanos que lo veneraban como a un santo. Todos teníamos

despedazada el alma aún Francisco y yo, que apenas podíamos entender lo que era la muerte.

Pero era preciso sacrificar en aras de la Patria hasta el dolor; se acercaba ya la guerra a Antioquia. Era preciso que los jefes marcharan a los campos de batalla; pero cómo salir de la casa con centinelas día y noche?..

A mi mamá nada se le dificultaba, estaba tan acostumbrada a la lucha. Se resolvió pues que todos mis hermanos, como los otros jefes que estaban escondidos en casa salieran disfrazados, poco a poco, pero esto no podía hacerse por la puerta de nuestra casa, porque allí estaba siempre el centinela. Se resolvió que pasaran a la casa de mi abuela, quitando los vidrios de una ventana que había en la repostería de nuestra casa y daba al comedor de la casa de mi abuela. Así se hizo y no quedaba por pasar más que Tulio, que por ser el más grueso, lo dejaron de último. Se estaba él pasando, pero no podía, cuando avisaron que estaba la ronda que acostumbraba presentarse cuando menos se espera.

Es de imaginar el espanto y la angustia de mi mamá y de todos. El mismo temor, talvez hizo que tirando de un lado y empujando del otro, pudiera pasar Tulio, antes de que la ronda que guiaba mi mamá, llegara a la repostería.

¿No sería ésta, una nueva gracia de la Virgen que invocábamos todos?..

Una vez en la casa de mi abuela, los fugitivos se disfrazaron de artesanos y peones. Allí estaban algunas mujeres campesinas, con las que mi mamá podía contar, y unos, acompañados por alguna de éstas, como marido y mujer, y otros solos; pero todos disfrazados, la mayor parte con sus barbas largas y blancas, otros sin ellas, fueron saliendo, unos primero y otros después, con todo disimulo por la puerta falsa de la casa que daba a la calle de Palacé talvez, pues no recuerdo si ese es el nombre; otros salieron acompañados por una y otra puerta. El caso es que todos se escaparon y fueron a reunirse con las tropas que estaban ya organizadas y en marcha contra el ejército liberal.

Llegaron allí Pedro Nel arengó a las tropas y hasta Mariano, que escondido de mi mamá se había ido también, hizo un discurso muy entusiasta, pero el pobre tuvo que volver a Medellín porque mi mamá le exigió al General Marceliano Vélez que lo devolviera, porque era casi un niño y ella no podía conformarse con que hasta éste se fuera a la guerra.

Francisco que apenas tenía nueve años se escapó también: se fué al Poblado y allí cogió un caballo y se fué a alistarse en el ejército; pero el mayordomo por orden de mi mamá, lo alcanzó y lo trajo a Medellín.

Mi mamá en medio del dolor que la muerte de mi papá y el peligro de sus hijos le causaban, trabajaba incansable por la patria. A nuestra casa a pesar del centinela que guardaba la puerta, llegaban las armas para mandar al ejército que contaba con muy pocas. Allí llegaban señoras y señoritas a hacer visitas de pésame y debajo del vestido llevaban una carabina o un fusil; también las mujeres que vendían bocadillos de Caldas y Envigado o pan y dulces de otras partes, subían a la casa pasando al lado del centinela sin que éste sospechara nada; y en la misma forma salían de la casa de mi abuela o de la nuestra, armas y municiones para el ejército. Más pronto de lo que se podía esperar, por fortuna terminó la guerra y el ejército conservador triunfante llegó a Medellín.

La salud de mi mamá iba decayendo. El triunfo conservador sin mi papá era para ella como una pena. Los jefes conservadores iban a visitarla admirando indudablemente aquel valor varonil y aquella inteligencia avombrosa; pero tantos sufrimientos, tantas angustias habían atacado aquel corazón tan generoso y valiente: "Yo no puedo vivir sin Ospina" decía, y realmente, cuando menos se esperaba, el 9 de diciembre de 1835 moría casi repentinamente, pues la enfermedad que la tenía en cama se era cosa grave. El 3 de diciembre había conulgado en la cama; porque el médico no le permitía levantarse. Estaba recibiendo la visita de las Barrientos.

Llegó Ana María Madridán a darle una taza de leche que ella tomó, y al acostarse se quedó muerta. El médico que estaba hablando en la sala con Tulio, cuando lo llamaron no podía creerlo; pero fue preciso convencernos de que la más buena y abnegada esposa y la madre más santa y cariñosa había volado al cielo. No sobrevivió a mi papá ni un año entero.

Ojala que estos mal redactados recuerdos se transmitan en la familia para que no pasen al olvido.

Reminiscencias.

DCC2
FAES
Archivo f 75

(Es copia)

Concha Ospina Vásquez. (Sor Concepción Ospina)

La devoción a la Virgen de los Desamparados vino a ser la de nuestra familia; porque la intercesión de la Virgen bajo esa advocación atribuía mi mamá el que mi papá y mi tío Pastor, su hermano, no hubieran sido fusilados, estando ya condenados a muerte, por Mosquera, y en capilla.

Cuando ella, sumida en el más terrible dolor, acompañada por algunos señores, ya muy avanzada la noche, rezaba sin consuelo, ante una imagen de la Virgen, me parece de la Silla que debon tenerla Vds. o la familia de Santiago, se presentó un señor (liberal) llevando un cuadro de Nuestra Señora de los Desamparados, y entregánoselo, le dijo: " Ese crimen no pueda consumarse. La Virgen de los Desamparados es muy milagrosa, aquí se la traigo, pídale a ella esta gracia " .

MI mamá agradecida recibió el cuadro y lo puso en el improvisado altarcito; pero no contenta con rezar ella y los que la acompañaban, mandó que le trajeran los niños, muy pequeños todavía, y que los pusieran al pie del altar para que la inocencia de esos pobres cristianitos conmoviera el corazón de la Virgen. Allí acostados, los dejaron toda la noche, mientras acompañada de algunas señoras y del servicio, rezaban sin descanso, entre lágrimas y angustia mortal.

No recuerdo a qué horas. Pero sí muy de mañana, el señor que había llevado el cuadro de la Virgen, se presentó nuevamente con la noticia, para todos inesperada, pues (los más conocidos liberales habían pedido a Mosquera la vida de los presos), de que de un momento a otro el presidente había ordenado que se ejecutara la sentencia. El milagro de la Virgen era patente pero el Calvario para los presos apenas empezaba, pues por orden de Mosquera, fueron conducidos, con cadenas, a pié, al Magdalena. Mi mamá, apenas lo supo con la mayor rapidez mandó un criado con un caballo ensillado para mi papá que sufría del corazón y le habían prohibido los médicos el ejercicio fuerte; pero en aquellos tiempos de salvajismo puede decirse, fué inútil todo; porque, uno de los guardias se aprovechó del caballo, y el pobre preso tuvo que seguir a pié y encadenado.

Al llegar al Magdalena embarcaron a los cinco presos en una canoa, y en otra iban los guardias. No se sabe si tenían orden de hacer ahogar a los presos; pero el caso es que, al llegar a los Saltos de Ronca, los soldados abandonaron

a los presos; y siguieron a la orilla en una de las canoas, contando seguramente con que aquellos parecerían ahogados; pero nuevamente la Virgen de los Desamparados a quien mi mamá rogaba sin consuelo, amparó a los presos. La canoa en el Salto se volcó; pero los presos todos pudieron cogerse a ella, y la corriente, cosa maravillosa, los arrojó a la orilla, donde de nuevo cayeron en manos de los soldados asombrados, pues no esperaban que ninguno se salvara. Y al fin los pobres presos llegaron a Honda (me parece) y allí los embarcaron, en un vapor muy incómodo y encadenados sílas, para llevarlos a Cartagena.

No sé cuanto tiempo duraría aquel terrible viaje, el caso es que, al llegar a Cartagena fueron encerrados con grillos y cadenas en las Bóvedas de Bocachica, en un calabozo infecto y húmedo debajo del mar, cuyas paredes de piedra bañadas por el mar destilaban agua.

Entre tanto, mi mamá preparaba su viaje para seguir a su marido. Con todas las incomodidades de aquellos tiempos, emprendió su viaje; por el año de 1851--26 de julio, con Julio, Pedro del y Santiago que están todavía de braxos. Le tocó por fortuna hacer el viaje en vapor que llevaba a los Jesuitas desterrados; los que habían venido a Colombia llamados por mi papá cuando fué ministro de Instrucción Pública. Así el viaje fué menos largo. La Virgen de los Desamparados velaba por ellos; acompañaban a mi mamá: Teodora Pérez una señorita de buena familia; pero pobre que, como una de llaves, acompañó a mi mamá desde que se casó hasta la muerte, muriendo ella pocos meses después del fallecimiento de aquella, querida y respetada por toda la familia, como un miembro de la misma; Liberia Rodríguez, una muchacha de Guasca que muy jóven fué como sirvienta cuando era mi papá presidente, y murió también con nosotros de más de setenta años. Esta fué siempre la encargada de cuidar de los niños, oficio que ejerció hasta que ellos estuvieron grandes; pues mi mamá quería que aún de noche durmiera Liberia cerca del cuarto donde ellos dormían. A este cuidado o vigilancia constante, aún en la juventud de aquellos, se debió probablemente la conducta de estos. Gracias también a la Virgen de los Desamparados a quien ellas los había consagrado.

La tercera persona de servicio, que llevó mi mamá en su viaje, se llamaba Domitila. Era un india Bogotana, muy útil y despierta que sirvió en nuestra casa por más de veinte años, muy buena cocinera. Después de muchos días de navegación en el Magdalena arribó, por fin el buque a Cartagena. Los Jesuitas siguieron en un buque de mar para Puerto Rico y mi mamá con los niños y el servicio se estableció allí donde fué muy bién acogida por unos señores Gódon que la hospedaron en su casa tratándola como a miembro de familia y prodigándole a ella y a los niños toda clase de comodidades. Era esta una de las

principales familias de Cartagena. La Virgen de los Desamparados le había deparado aquella familia donde mi mamá se encontró como en su propia casa, rodeada de cariño y de cuidado. Gracias a ésto pudo ella realizar sus proyectos de libertar a mi papá, de otra manera aquello habría sido poco menos que imposible.

No sin trabajo consiguió que le permitieran visitar a mi papá cada quince días en aquella inmundicia cárcel donde los pobres presos encadenados se consumían. Era tal la humedad que un día al embarcarse ella para ir a visitar a mi papá vió un plantita en la orilla del mar y la arrancó para llevársela al pobre preso. El la colocó en la hendidura de las piedras del calabozo y allí creció.

La situación de los pobres presos era espantosa, el aire infectado de aquel calabozo subterráneo, la humedad, pues las piedras destilaban agua día y noche, la falta de aire y de sol causó entre los presos una epidemia de disentería. Todos se contagiaron y la fiebre los atormentaba, pero era como un alivio, a pesar de todo, pues se amontonaban unca contra otros para orientarse.

En esta situación imposible de resistir mi mamá, después de haberlos visitado y encontrado en aquella situación resolvió presentarse al gobernador de Cartagena, un tipo especial que se daba mucho tono y no tenía en su despacho más que una silla para él, de modo que quien iba a tratar algún asunto debía hacerlo de pie, mi mamá lo sabía. Cuando ella entró, el señor estaba hablando con otro, y probablemente para que mi mamá se ojera lo que hablaban, salió con él. Ella aprovechó para sentarse en la silla y darle así una lección. Al volver él tal tipo, ella sentada en la silla le dijo: "Vengo a pedir Ud. que si tiene orden de matar a los presos disimuladamente, lo mate haciéndolos fusilar, vengo pues a pedir que fusilen a mi marido, pues Dios, lo que están haciendo es matando a los presos disimuladamente para que no se les impute el crimen, tenerlos con grillos en aquel calabozo infecto sin remedios, es un crimen. El hombre aquel, aunque debió enfurecerse, mandó que quitaran los grillos a los enfermos, único remedio que les proporcionaron.

Entre tanto, mi mamá estaba tramando la evasión pero hubo sospechas y fué puesta ella en la cárcel; pero exigió que una de las personas del servicio de ella la acompañara y fué atendida: Liberia fué a hacerle compañía. Creo que los mismos liberales protestaron contra semejante infamia. El caso es que sólo duró en la cárcel unos pocos días; pero, para asegurar mejor a los presos ordenaron que fueran trasladados a la cárcel de Cartagena, cárcel horrible donde los sufrimientos de los pobres presos se aumentaron pues no salían nunca del horrible calabozo en que los tenían encerrados.

Pero la Virgen de los Desamparados a quién se pedía de continuo por la libertad de aquel ser tan querido, mi papá, iba a mostrar de nuevo su poder.

No sé cómo se relacionó mi mamá con un misionero Italiano que trabajó incansable por regenerar aquella tierra y recorrió los pueblos y miserables caseríos con un celo y caridad incansables.

Era éste el que la Virgen depararía a mi mamá para realizar la casi imposible empresa de salvar a los presos.

El le enseñó un clave para que pudieran entenderse con mi papá por escrito; porque, aunque lo dejaban ver dos veces en el mes, la visita tenía que hacerla en presencia del oficial que la acompañaba al calabozo horrible donde los cinco presos se consumían, con grillos y cargados de cadenas: pero allí podía ella mandarles la comida. El Padre Biffi le aconsejó a ella que consiguiera un juego de café que tuviera la manija de madera.

El, que entendía de todo, se arregló de manera de poder destornillar la manija de la cafetera o lechera sin que se pudieran notar y, consiguió un papel tan colgado como el de seda, luego le dió un clave duplicada para que diera una a mi papá y ella usara la otra, que, tanto de ida como de vuelta iba y venía envuelta en un alambrito que mastian dentro del aro de la lechera o cafetera. Así fue ya posible ponerse de acuerdo para ir preparando la fuga. (En el armario que yo tenía en mi casa cuando me vine de religiosa y que era el de mi mamá, en un cajón, estaban los papeletos de seda que mi mamá y mi papá escribían la clave para acordar la fuga. Quién sabe que suerte correrían). Yo nunca pude descifrarlos porque aunque tenía allí la clave no pude cogerla. Si Uds. tienen esos papeletos que eran muchos, encontrarían algo muy interesante, pues allí está toda la historia de la huida.

El caso es que gracias a la clave pudieron combinar las cosas y así no fracasaron como la primera vez. Pero, era preciso romper los grillos y las cadenas y para esto necesitaban una sierrita que el Padre Biffi consiguió. Pero, Como entregarla a los presos ?....

El amor lo puede todo, y la Virgen de los Desamparados a quien, tanto los presos como el Padre Biffi y mi mamá y su familia, hacían continuamente la novena, debía realizar el milagro.

Conseguida la sierra muy fina y muy pequeña resolvió mi mamá llevarla a la visita que le permitieron hacer a mi papá cada 15 días, con un oficial presente. Llegado el día ella ató la sierra con una cuerda y la colgó de la cintura debajo de las faldas; pero de modo que pudiera sin ser notada soltarle y dejarla caer sin ruido para que quedara debajo de la banca don-

de ella se sentaba. (Los presos, o mejor dicho mi papá, estaba informado de la cosa) Llegado el día ella se fué llevando la sierra de modo de poderla hacer caer sin ser notada.

Como el calabozo estaba en un piso alto, era preciso subir una escalera muy incómoda. El oficial que la acompañaba le dió el brazo para ayudarla a subir y cuando iban a trepar por aquella escalera oscura y muy pendiente sintió ella que la sierra se caía. Instantáneamente, se dejó caer como privada. Al verla así el oficial se asustó y corrió a llevar agua para echarle en la cara. Apenas él corrió, ella como pudo, aseguró nuevamente la sierra, de modo que cuando él llegó con el agua para echarla en la cara y darle de beber, ella simulando que volvía del desmayo, tomó unos tragos de agua y ayudada de él se levantó para seguir trepando la escalera. Así pudo introducir la sierra, que una vez en el suelo ella con el pie le empujó de modo que no le pudiera percibir el oficial.

Con esto el instrumento más necesario para conseguir la libertad estaba en manos de los presos. No fué éste el milagro patente de la Virgen de los Desamparados.?.....

Como el centineña guardaba a los presos fuera de la puerta cerrada del calabozo, estos por la noche, uno tras otro pues mientras uno limaba las cadenas y los grillos los otros dormían, fueron poco a poco limando aquellos y luego empezaron a limar los barrotes de hierro de la ventana por donde debían evadirse. Aquellos fué obra muy larga pero al fin se realizó.

Esta vez la Virgen de los Desamparados manifestó su poder: caer a la calle era imposible por lo muy peligroso de ser descubiertos; pero una de las rejas de hierro del calabozo daba sobre una casa pequeña, Monseñor Biffi compró unos meses antes el dueño que era un liberal, aquella casa. Así los presos pudieron caer a ésta.

Después de varios meses de trabajar de noche las cadenas y los barrotes de la reja por donde debía descolgarse estaba listo; pero como se esperaba esto antes ya mi mamá había tenido que pagar una gruesa suma de dinero a un vapor francés que debía recibir a los presos.

Esta vez fué un vapor inglés que al salir de la bahía los esperó no sé cuantos días en una rada. El caso es que fijado el día y la hora, Sebastián Ospina hijo de mi tío Pastor, y un señor de Cartagena cuyo nombre no recuerdo, recomendado por el padre Biffi y que murió en Guatemala en la casa de mi papá, disimuladamente entraron a aquella casa que hacía meses no estaba habitada a esperar la bajada de los presos hacia la media noche.

Emarrando unas sábanas con otras se fueron descolgando uno tras otro por la reja cuyos barrotes de hierro habían limado. Una vez que estuvieron todos abajo, hacia la media noche, emprendieron la fuga a merced de la oscuridad de aquellas calles angostas y tópidas, los presos siguieron a dista-

cia unos de otros a los guías que iba adelante. Al llegar al mar, uno de los presos, no sé el nombre, no había llegado. La angustia de todos fué grande. Allí estaba la barca de unos contrabandistas que debían llevarlos a Puerto Rico mediante una gruesa suma de dinero. Mi papá declaró que él no se embarcaba dejando abandonado a un amigo. Fué preciso que los dos guías volvieran a buscar por las calles recorridas al pobre extraviado, afortunadamente no estaba muy lejos y pronto se embarcó con los otros en la lancha de los contrabandistas. Los 5 presos, Sebastián y el señor que los ayudaba partieron; pero el peligro de ser descubiertos no había pasado pues, al llegar a Bocachica donde habían de ser detenidos por un retén para examinar lo que llevaba la barca, el peligro era grande; felizmente los contrabandistas que tenían bien establecido su negocio acostumbraban pagar a los guardias cierta cantidad de dinero para que los dejaran pasar sin registrar la barca, en cuyo fondo estaban acostados los presos y medio cubiertos por el contrabando.

Salvos de aquel peligro, los contrabandistas los llevaron a la rada donde los esperaba el buque, y recibiendo el pago se alejaron.

Libres los presos después de 15 meses de cadenas y prisión, debieron dar muy de corazón las gracias a Dios y a la Virgen de los Desamparados cuya novena hicieron en la prisión mes tras mes.

Decían, no sé si es verdad, que el buque en que iban los presos tenía que llegar a Panamá, y que desde lejos podían ver a los soldados que en formación esperaban la llegada de los presos para accederse de ellos; pero un barco francés que pasaba por allí convino en recibirlos a bordo y ellos se pasaron dejando así burlado al gobierno.

Sin más peripecias llegaron al fin a Puerto Rico, donde los Jesuitas los alojaron en su casa rodeándolos de cuidados y caritativas atenciones.

No se ve en ese atrevido y casi increíble episodio de la vida de mi papá, más que patente la protección extraordinaria de la Virgen de los Desamparados?.. Escaparse de aquella horrible cárcel de Cartagena 5 presos tan bien vigilados y cargados, como los tenían de cadenas y con grillos?.....

Haber pedido mi mamá, tan joven e inexperta realizar aquella proeza, y el haber encontrado una ayuda tan grande en aquel santo misionero que vino a ser más tarde Monseñor Biffi. Cómo se vé en todo la mano bendita de la Virgen de los Desamparados? .

La historia no está completa pues Uds, se quedarían sin saber qué suerte corrió mi mamá.

qué noche pasaría ella sin saber la suerte

de los presos? Ya se la pueden imaginar, qué angustia y qué sobresalto.

Cuando ella vió que amañía y ninguna noticia había llegado comprendió que los presos se habían salvado, y pensó entonces en ponerse lo más pronto en salvo antes que intentaran apresarla.

No sé si por consejo del Padre Biffi o por inspiración de la Virgen, pensó en salvarse y para esto, aunque no conocía el cónsul de Francia se presentó a su casa y le dijo que se acogía a la bandera Francesa, contándole lo que le había ocurrido ofreciéndole pagar su alimentación y los gastos que pudieran ocurrir mientras podía ella escaparse de Colombia.

Parece que el cónsul, aunque no de muy buena gana, convino en que quedar allí. La señora del Cónsul sí se manejó muy bien con ella y le sirvió en cuanto pudo.

Entre las cartas de que yo le hablé quedaron en el escaparate de mi mamá, y había una carta de Napoleón Tercero manifestando a mi papá su disgusto con el cónsul porque había recibido la pensión que mi mamá ofreció pagar y decía que por ese motivo había destituido al cónsul.

Hagan las diligencias del caso para buscar esas cartas tan interesantes de que les hablé. Dican que Mariano Ospina Pérez piensa escribir la biografía de mi papá. Cuánto interés podría darle todo eso, y hasta este poco que yo les cuento a Uds., pues creo que él no sabe la mayor parte de estas cosas.

Vuelvo más a mi mamá. Cuando fueron a buscarla en la casa donde vivía y, no pudiendo hacer otra cosa pusieron un centinela no en la puerta de la casa del cónsul sino al frente. Allí se remataban y vigilaban día y noche. Sin molestar eso sí a nadie ni en nada. Allí iba Teodora y las sirvientas con los niños y no les impedía el centinela la entrada.

Allí supo mi mamá, no sé como, tal vez por medio del cónsul, que los presos habían llegado a Puerto Rico, libres y la esperaban con los niños.

Cómo escaparse élla? Esto era un verdadero problema muy difícil de resolver; pero aquella inteligencia de mi mamá, con la ayuda de la Virgen de los Desamparados a quién no dejaba ella de invocar en su ayuda, le inspiró una idea feliz.

Le propuso a la señora del cónsul que salieran en el coche del cónsul a bañarse en el mar a ver si así podía ella despistar al centinela y huir embarcada.

La señora, muy amablemente convino y empezaron así sus paseos matutinos al mar donde se bañaban. Por muchos días el centinela hacía que el coche fuera al paso suyo y los acompañaba de ida y vuelta; pero al fin se cansó de aquel paseo y acabó por no ir más.

Cuando mi mamá se convenció que ya el centinela no les seguía, arregló con Teodora y las sirvientas de modo que aquella comprara pasajes en alguno de los vapores que salían y llevaran disimuladamente el poco equipaje y tuvieran también comprado el pasaje para ella, que, el día de la partida o la víspera sin ser notados, a diferentes horas y por distintas calles salieran cada una con uno de los niños y se embarcaran; que ella, con la ayuda de la Virgen llegaría a tiempo de partir el buque.

Así lo hicieron, y, una mañana cuando nadie podía sospecharlo, se fué con la señora del cónsul a bañar al mar, y, con sorpresa seguramente del centinela, no volvió.... Ya el buque había partido y ella estaba libre rodeada de sus hijos.

No sería la Virgen de los Desamparados la inspiradora de aquella fuga admirable?... Cuando los fugitivos llegaron a Puerto Rico, los Jesuitas les tenían una casita con todo lo necesario, y ya pueden imaginar la felicidad de volverse a encontrar mi mamá con mi papá, y los compañeros, además la gratitud hacia aquella bendita Madre de los Desamparados.

Después de algunos meses, exhaustos como tenían que estar de recursos, pues, aunque mi mamá había recibido la herencia en dinero de mi abuelo; los gastos habían sido enormes y los recursos escaseaban. En Puerto Rico era casi imposible poderse ganar la vida, y resolvieron que se fueran mi tío Pastor y Sebastián a Guatemala para ver si era posible establecer allí un Colegio.

Ellos fueron muy bien recibidos por el gobierno Conservador, y así fué que se resolvió emprender el viaje a Guatemala.

Cuando llegaron allí los Jesuitas entre los que se hallaban algunos desterrados de Colombia como el P. Paul, el P. Taguada y otros, se habían valido de los señores amigos y les tenían lista y amoblada una casita con todo lo necesario.

Establecido el colegio con tan buenos catedráticos fué posible allí la vida. Mi mamá no se contentaba con que sólo los hombres trabajaran sino que hizo un pedido de loza y cristal a Europa, y estableció un almacén donde puso a vender a Liberia.

Más tarde mi papá compró un terreno y estableció el primer cafetal que hubo en Centro América.

Las buenas noticias llegadas a Medellín de los fugitivos, llenaron de entusiasmo, no solamente a los parientes sino a otras personas, y, huyendo del gobierno impío que perseguía la religión empecinadamente y no permitía la instrucción, imponiendo además instrucción laica, a más de cinco familias

emprendieron viaje a Guatemala donde se establecieron y vivieron mucho años, algunos se quedaron y otras la mayor parte regresaron a América (Antioquia) cuando el gobierno del dr. Berrío.

Probablemente mi papá se hubiera quedado con la familia allí; pero desgraciadamente cayó el gobierno conservador y al subir el liberal empezó la persecución de los Jesuitas. Mi papá se puso de parte de éstos y escribió artículos defendiéndolos. El Gobierno se puso en contra suya y fué preciso salir abandonando aquellas tierras hospitalarias cuyo recuerdo conservaron mis padres y mis hermanos con el mayor cariño.

Mi padre había dejado allí el primer cafetal que se estableció en Guatemala. Después de muchos años, Rafael y María, llevando a Henriqueta fueron a Guatemala para arreglar Rafael con Pedro Nel que hacía algún tiempo estaba allí, la venta de los cafetales, por eso Alfonso nació allí. También había nacido en Guatemala mi hermanas: María, Mariano, Cecilia y Francisco. Este último murió en el camino cuando regresaban a Colombia.

Esta es la historia de aquellos primeros tiempos. Yo no existía entonces, pues nací no sé si un año o más, después de que la familia volvió a Medellín; el regreso de ésta fué probablemente en el año de 1.872.

La última parte de la historia de nuestra familia es digna de ser conocida, si tengo tiempo la escribiré con ésta aunque es más conocida.



Abierta al público
Biblioteca del Patrimonio

(Continuación)

Había dejado, en la historia que les mandé, a nuestra familia en Guatemala. Allí los Jesuitas ayudados por varias personas les tenían la casa aperada de todo lo necesario; pero era preciso ver cómo ganarse la vida, así es que mi papá y mi tío Pastor Ospina abrieron un colegio de varones que fué muy concurrido; mi mamá hizo un pedido de porcelana y cristal a Europa y abrió un almacén donde vendía Librería, y así pudieron sostenerse.

Las noticias que llegaba a Medellín de la vida tranquila y feliz de que los expatriados gozaban en Guatemala, movieron a casi toda la familia a abandonar la patria esclavizada por el partido liberal que gobernaba en Colombia, y fueron a establecerse en Guatemala: Mis tíos Pedro, Eduardo, Manuel, Bautista, y mi tía Rosa ya casada; se fueron a establecer allí también mi tío Julián Vázquez (padre de Miguel con toda su familia, el dr. Recaredo Villa casado con Pastora Vázquez, el dr. Fabricio Uribe con su familia y otras personas que no recuerdo. De Bogotá fueron también a establecerse allí algunas de las familias Capinas. De modo que en poco tiempo se formó en Guatemala una muy honorable colonia Colombiana que gozaba de la estimación general, de la sociedad Guatemalteca, y así varios de los miembros de nuestra familia se casaron muy bien.

La vida corría tranquila y feliz en aquella tierra hospitalaria, cuando desgraciadamente subió a la presidencia un sujeto liberal, el General Borríos que muy pronto empezó la persecución religiosa (10 años quizás después de la llegada de nuestra familia a Guatemala.) Mi papá empezó a escribir en los periódicos en defensa de los Jesuitas y esto le atrajo la envidia del presidente y se le notificó que debía en muy corto término salir de Guatemala.

Fué preciso pues dejar aquella segunda patria donde tan felices habían vivido, para regresar a Colombia. Allí quedaba María Josefa Ospina nuestra hermana que había casado con José Mariano Romá. Manuel y Bautista, hermanos de mi mamá casados allí también y algunos otros.

Como Colombiase había dividido en Estados Soberanos, Antioquia, por fortuna, tenía por presidente al Dr. Pedro Justo Berrío pues imperaba allí el partido conservador.

El viaje precipitado fué difícil y penoso. Ya en tierra antioqueña, murió en el camino el menor de los niños Francisco que apenas tenía algo más de un año y fué preciso dejarlo enterrado y seguir el penoso viaje con aquella pena.

Por fin los desterrados llegaron a Medellín donde fueron recibidos con entusiasta emoción y cariño. Llegaron a una casa frente al costado del colegio de las hermanas de la

(1) La esposa del dr. Fabricio Uribe, médico muy distinguido, era doña Cecilia Vazquez, hija de don Julián Veigay Calle.

Caridad. Allí gozaron y sufrieron mucho; allí murió Cecilia la menor de los hijos nacidos en Guatemala, y fué también allí donde mi papá recibió la fatal noticia de que Mercedes y Marcelina sus dos hijas, se había ahogado en el río Cauca.

El valor moral de mi papá era heroico. Como había recibido la sentencia de muerte recibió esas dolorosas noticias. No dijo una sola palabra, se encerró en su cuarto por varias horas y luego salió de allí sin volver a hablar una palabra de lo ocurrido para mortificar a nadie.

Después de tanto sufrimiento disfrutaron unos pocos años de tranquilidad; pero estalló la guerra del 76 y, desgraciadamente, en los Chancos el partido conservador fué vencido. En aquella batalla estaban Tulio y Pedro Nel muy jóvenes todavía mi papá mismo los había mandado a luchar por la religión y la patria ya que él por sus enfermedades y sus años no podía hacerlo.

El sufrimiento de aquellos largos meses fué terrible pues, según cuenta, no llegaban noticias. Tulio era capitán y Pedro Nel era ayudante del General Marcelino Vélez. En el combate de los Chancos, los conservadores fueron definitivamente vencidos. Tulio cayó herido en una pierna. Cuando éste se dió cuenta de la derrota comprendió que si era reconocido por los liberales triunfantes, lo asesinarían; y, arrastrándose, como pudo desvistió a un soldado muerto y se vistió con el uniforme de éste, vistiendo al muerto con el suyo, así fué que, al recorrer el campo fué hecho prisionero pero pasó por un simple soldado. Allí, aunque estaba herido, lo obligaron a cogerse a cuerdas a un soldado liberal que estaba también herido. Esta inteligente maniobra, fué causa de grandes sufrimientos para nuestra familia, porque por más averiguaciones que se hicieron nadie daba razón de Tulio, pues no figuraba ni entre los vivos ni entre los muertos o heridos. Mi papá estaba convencido de que había muerto y lo lloraba como a tal; pero mi mamá en medio de su dolor, pues era la persona más afectuosa, sostenía que Tulio no estaba muerto porque ella los había entregado a la Virgen, y estaba segura de que aquélla lo había salvado. (Este es el motivo de aquel cuadro que Uds. conocieron en Sorrento.), en que Tulio vestido de soldado estaba al pie de la Inmaculada.

El pobre Tulio sufrió horribles pues los trataban como a un infeliz soldado prisionero. En Cali y en Popayán los sacaban con los otros presos a pedir de casa en casa la limosna de algunos sobrados de comida para no morirse de hambre, porque los liberales no mantenían a los presos.

A los tres meses de llevar tan triste vida lo llevaron con los otros presos a Matizales y, como por casualidad llegaron a pedir la limosna de comida a la casa de mi tío Castor María Jaramillo, tío de mi mamá que sabía la pérdida de Tulio. Aquel lo reconoció y acercándosele le preguntó si él

no era Tulio Ospina; éste que no lo conocía trató de despistarlo; pero mi tío le dijo que le dijera la verdad pues era su tío. Aclarada la cosa aquel consiguió que se le diera libertad, informando a la familia de lo ocurrido, después de tantos días de amargos sufrimientos.

Fués después de esta noticia, ^{cuando} que mi mamá hizo pintar el cuadro de la Virgen que por mucho años se veneró en la Iglesia del Poblado, hasta que refaccionada ésta, el cuadro ya sobraba y entonces Tulio lo llevó a Sorrento, donde Uds. lo habían visto sin saber lo que representa. - Qué buena ha sido la Virgen con nuestra familia:.

A pesar de lo difícil de la situación económica de la familia, pués los compartos eran enormes, pudieron mandar algo a Tulio que fués reunirse en Panamá con Pedro Nel. Allí era obispo el Rvdo. P. Paul, Jesuita amiguísimo de la familia y compañero de destierro en Guatemala. Él ayudó para que pudieran hacer el viaje a California, y fueron ellos a casa de María Josefa, nuestra hermana casada con José Mariano Romá que los acogieron con mucho cariño. Ellos iban a seguir allí sus estudios; pero no querían ser de peso a sus pariente, así que, tan pronto como pudieron hablar un poco de inglés ingresaron a la Universidad de California y se dedicaron al estudio @ minas; pero para ayudar a sostenerse consiguieron colocación (me parece en una droguería), para trabajar en las horas de libertad por la noche.

Entre tanto los liberales seguían triunfando y muy pronto Antioquia fué invadida por las tropas del Cauca, compuestas de negros semisalvajes.

Nosotros vivimos en la casa de la esquina frente al colegio de las Hermanas (que llamaban la casa de Guanteros) aquella era muy grande y tenía un solar que daba a la cuadra de atrás. Mi papá estaba allí escondido. Una noche Teodora (la señora que había acompañado a mi mamá desde que se casó) estaba con un cólico, y, mi mamá mandó a Liboria y otra sirvienta que fueran al solar a coger yerbas aromáticas para unos fomentos. Ellas fueron y " Fillia " el perro las siguió. Al entrar probablemente el perro ladró, y ellas pudieron ver que sobre las paredes estaban los negros caucanos, que eran el terror en Medellín. - Como Liboria era muy inteligente y formada por mi mamá hizo como que cogía las ramas y que nada había visto, y salió con mucha calma con la compañera y el perro, a dar a mi mamá la terrible noticia.

Esta atterrada, temblando por la vida de mi papá pensó en pedir socorro al Dr. Faúrciano Escobar (El papá de Amalia Escobar), que vivía en la esquina frente al colegio de las Hermanas; pero cuando quiso inspeccionar la calle, por la rendija de una ventana, vió que en la calle estaban también los negros. En medio de la angustia no sabía qué hacer más que invocar a la Virgen para que lo salvara.

El auxilio de la Virgen de los Desamparados

no se hizo esperar: " Filis ", el perro, saltaba junto a ella y parecía pedirle que le abriera la puerta, pues iba hasta ésta y volvía. Ella sintió como una esperanza y, entre-abriendo la puerta dejó salir el perro, Mientras tanto todos rezaban pidiendo la ayuda de la Virgen.

Contado, por el Dr. Fauriciano, el caso pasó así: Él estaba trabajando en el cuarto del zaguán cuando vio entrar al perro, que él conocía. El pobre animal parecía que quería hablarle pues ladraba, salía afuera, volvía a entrar como diciéndole que le siguiera. Intrigado el señor lo siguió y, al llegar a la esquina vio la casa nuestra rodeada por negros. Haciéndose disimulado volvió a la casa cerró la puerta y se fue a hablar con los que todavía representaban al gobierno conservador, pues estaban cabalmente tratando con los jefes liberales las condiciones para la entrega. Informados de lo ocurrido, estos se comprometieron a salvar a mi papá y acuartelar a los negros. Con ellos fueron los señores conservadores que estaban allí, y de este modo, nuevamente la Virgen de los Desamparados salvó la vida no sólo de mi papá sino de toda la familia, pues aquellos negros eran el terror de todos, por sus crímenes y villanías.

Era preciso dejar aquella casa tan aislada, pues todavía Medellín era muy pequeño, y así se pasó la familia a una casa alta contigua y comunicada con la de mi abuela (mi mamá Antonia) como la llamábamos. Esa casa quedaba sobre la calle (me parece que se llama de Palacio), de la Catedral para la quebrada, y al frente estaba la casa del Dr. Manuelito Uribe el médico tan querido y conocido en Medellín.

Este, cuando llegó el Gral. Trujillo, el jefe triunfador en los Chances, que venía con su estado mayor y había se el árbitro de la suerte de la infeliz Antioquia, le dio para vivir su casa. De manera que frente a la nuestra (en aquella calle tan angosta) estaba la casa del jefe Supremo del Estado.

En aquella casa en que vivimos poco tiempo sucedió una cosa para Uds. muy interesante, que fué algo muy terrible para María y toda la familia. Por olvido, probablemente, Santiago que creo había partido con mi papá, dejó un revólver cargado sobre una mesa de su cuarto. Margarita Rodríguez que Uds. deben conocer, que sirvió en nuestra casa muchos años hasta que se casó, era muy joven casi niña, bajó al cuarto donde había dormido Santiago, y María más o menos de la misma edad bajó también con ella, mientras aquella destendía la cama, María cogió el revólver que estaba cargado y montado; probablemente tocó el gatillo y se escapó el tiro que fué a atravesar el costado de Margarita.- Mi mamá oyó la detonación y corrió a ver qué había ocurrido. Al llegar a la escalera se encontró con Margarita que alcanzó tan sólo a decir: " No fué de intento " y cayó desmayada. Entre tanto María, como loca de dolor, daba gritos. Mi mamá medio muerta de angustia hizo llevar a Margarita a la cama mientras los demás trataban de calmar a María; pero desgraciadamente la detonación había sido oída en la casa donde estaba Trujillo, y, al momento se presentaron unos militares a preguntar la causa de aquella detonación. Mi mamá les expli-

có lo ocurrido; pero le fué notificado que iban médico que Trujillo mandaba para que examinaran a la herida y que, si ésta moría, María sería encarcelada. Llegó al mismo tiempo el Dr. Larroche a quien mi mamá había mandado llamar con urgencia; tanto él como los médicos oficiales examinaron la herida y éstos últimos declararon que la herida era mortal porque la bala estaba en el pulmón, lo mismo constató el Dr. Larroche. Al oír esto mi mamá cayó de rodillas ante una imagen de la Virgen de los Dolores, y con esa fé y fervor que el dolor hacía más vivos; le pidió entre sollozos que salvara a la enferma. No se trataba solamente de la vida de Margarita sino también de la suerte de María condenada de antemano a ser encarcelada.

Los médicos dándose tono se despidieron y sólo quedó el Dr. Larroche confundido sin saber que podía hacerse a la enferma. La operación en aquellos tiempos sobre todo era mortal, y tampoco parecía posible que la enferma pudiera vivir con la bala en el pulmón.

La pobre María estaba como loca de dolor. El Dr. prescribió lo que pudo sin ninguna esperanza y se retiró seguro de la muerte de la enferma; pero mi mamá, que ya sabía de milagros, rezaba sin descanso a los pies de la Virgen de los Dolores pidiendo el remedio de aquella gran necesidad pues no se trataba solamente de la vida de Margarita, sino de la suerte de María a quien pondrían en prisión según lo habían notificado.

Pasó aquel terrible día y también la noche sin que la temida muerte se presentara. Llegó el médico pensando encontrarla muerta y se sorprendió al ver que la enferma no había muerto ó empeorado. Esta situación favorable e inesperada llenó de esperanza a todos. " Si se salva es un milagro ", dijo el médico; pero: qué remedio podría aplicársele?... Era preciso que la Virgen lo hiciera todo; y, así lo hizo: Muy pronto la enferma estaba fuera de peligro y la tisis de que la creían amenazada jamás se presentó. Por el contrario Uds. que deben conocer a Margarita Rodríguez sabrán que cuenta más de 80 años, ha sido madre de varios hijos, ha trabajado como pocas mujeres para sostener su numerosa familia; porque el marido, cuando vió que ella lo podía mantener, dejó su oficio de carpintero para vivir a cargo de su mujer que lo levantó de su clase y lo sostuvo como a un príncipe sin trabajar en nada. Las hijas Uds. las conocen. Ella las educó muy bien y todas disfrutaban de regular fortuna.

No fué éste un nuevo y espléndido milagro de la Virgen?... Cuando Margarita estuvo levantada y perfectamente bien; mi mamá les mandó pedir a los médicos liberales el favor de ir a hacer una visita a la enferma. Estos fueron, quizá por curiosidad, y ella les presentó a la enferma perfectamente curada, diciéndoles con ironía: Como Uds. se interesaron tanto por la enferma tengo el gusto de presentárselas por si quieren examinarla. Ellos, corridos, la felicitaron y se retiraron.

Después de ésto, como mi papá estaba desterrado en Bogotá. (pues en ese tiempo Colombia estaba dividida en Estados soberanos e independientes, mi mamá resolvió venirse con la familia a Bogotá donde se podía disfrutar de un poco más de tranquilidad que en Medellín. Mi tío Eduardo con mi abuela (mamita Antonia como la llamábamos), siguieron su ejemplo y se vinieron con ella, trayendo sirvientas, pájaros, etc., etc. Aquel viaje entonces era muy largo. Francisco y yo, que éramos muy pequeños veníamos en silleta y, al paso del hombre que nos traía, andaba toda aquella gente. Era preciso en cada posada hacer el almuerzo las sirvientas 4 o 5 que venían, y, en otra hacer la comida y dormir, cargando para éstos casos, no sólo ollas, loza, etc., sino también colchones, almohadas, cobijas etc., en el afrezo. No sé cuanto tiempo se empleó; pero el caso es que llegamos a Bogotá, donde mi papá nos tenía lista una casa contigua al Convento de Santa Inés. Allí vivimos no sé cuanto tiempo; debió ser poco; porque cuando regresamos, en la misma forma, Francisco y yo éramos todavía muy pequeños y nos llevaron a caballo amarrados con sábanas a la silla. Ese viaje se hizo por Manizales y parece que fué muy penoso por la falta de algunos caminos. No sé a donde llegamos, sólo recuerdo que algún tiempo después de llegar nos pasamos a la "Casa Nueva" así llamábamos, lo que hoy es la Gobernación, casa que mi mamá hizo edificar y que entonces era de lo mejor que había en Medellín. Aquello debió ser en el año 1.879; porque a los pocos meses de estar viviendo allí nos fuimos, como de costumbre a pasar el invierno en la casa del Poblado.

Estando allí estalló aquella terrible guerra en la que, desgraciadamente, fueron derrotados los conservadores por el General Ránjifo, otro caudano, hombre de la plebe. Aquello fué desastroso, el robo, el saqueo, y toda clase de delitos se cometían.

Hacia pocas días que los conservadores habían sido derrotados en el Cuchillón, cuando se presentó en el Poblado, donde estábamos viviendo con mi mamá Antonia, una ronda; los soldados que la componían iban con los sombreros adornados con pedazos de tamayo rojo, que mi abuela reconoció, como pedazos de las cortinas de su casa, los retenes, no dejaban pasar, fué por los soldados que se supo que tanto la casa de mi abuela como la nuestra habían sido saqueadas y estaban sirviendo de cuarteles. Nada se podía hacer pues los retenes no permitían el paso..... Así fué que de aquel salvaje saqueo nada quedó: los muebles, los espejos, cuadros, etc., fueron arrojados a las calles y allí se los pisaban.

Pero esto no era más que el principio de aquella horrible persecución que sufrió Antioquia. Pronto la tiranía lo invadió todo. Aquellos bandidos disfrazados de militares lo ocupaban todo. A nuestra casa del Poblado llegaban cuando menos se les esperaba y se llevaban cuanto encontraban: las vacas, los caballos, las gallinas, y todo lo que les parecía bueno o vendible. Para comer o almorzar era preciso tener una persona que desde el corredor de la casa vigilara para que pudiera avisar oportunamente que-----

llegaba la ronda, y así mientras ésta subía la manga, que era muy grande y pédiante, se alcanzaba a esconder en unos hoyos los cubiertos, vasos de plata, etc, que se cubrían con tierra y hojarasca. Por la noche cuando todos dormían, llegaba la ronda que buscaba a mi papá que era el jefe civil de los conservadores. Por éste motivo el pobre ya viejo y enfermo de tanto sufrir, vivía escondido en los ranchos o en los montes.

Un día llegó a la casa al anochecer disfrazado de campesino y le dijo a mi mamá: Ya no puedo más estoy rendido de cansancio, yo me quedo aquí.- Mi mamá le rogó que no lo hiciera pues podía llegar la ronda y cogerlo; pero él no quiso irse: Se acostó en su cama, por primera vez después de mucho tiempo y como hacía calor dejó entreabierta la puerta del cuarto. A la media noche, se oyen los golpes en la puerta, era la ronda que llegaba.

Mi mamá, ya acostumbrada a ésto, se levantó como pudo, temblando por la vida de mi papá. Los golpes se redoblaban y nada podía hacerle para que huyera mi papá, que, con aquella calma que lo distinguía permaneció tranquilo en la cama.

Abierta la puerta entró la ronda que empezó la búsqueda, pero, cosa providencial, como la puerta del cuarto de mi papá estaba abierta no entraron allí. Otra vez la Virgen de los Desamparados a quién mi mamá invocaba sin cesar, acompañando los soldados, le salvaba la vida a mi papá.

Terminada la ronda, los soldados se fueron y mi mamá pudo respirar y caer de rodillas para agradecer a la Virgen aquel patente milagro; pero era preciso otro milagro, pues los soldados se habían llevado prisioneros a Hermógenes, la denodera y el criado, que no recuerdo como se llamaba. A éstos, pensaba mi mamá los obligarían a confesar con juramento si mi papá estaba en la casa. (El criado ignoraba que mi papá estuviera esa noche en la casa.)

En esta zozobra no pudo dormir ni tener tranquilidad. Ya, al medio día llegaron Hermógenes y el criado. Apenas ésta llegó, mi mamá, llena de angustia le preguntó: Qué juraste? Ella muy tranquila le contestó: Me preguntaron exigiéndome que contestara con juramento si el Dr. Ospina había dormido en la casa. Yo juré que no lo sabía. Por Dios... Hermógenes, juraste en falso?. No, respondió ella, como yo no dormí con él, no sabía si había dormido, o nó. "

No sería éste un nuevo milagro de la Virgen?.. Que una mujer ignorante obrara así, con esa tranquilidad, que despistó a los enemigos, no es un milagro?..... Si ella hubiera jurado que si había dormido mi papá en la casa, se habría convencido de que él estaba en algún escondite cercano, y de algún modo lo habrían descubierto.

Pero aquella de zozobra y angustias no se podía ya soportar y los jefes conservadores, que estaban también escondidos en otras partes resolvieron huir de Antioquia para pasar a otro Estado y con ellos emprendió mi papá la huída.

Ignoro cómo y donde se reunieron para emprender la huida, ni quienes eran. El caso es, que se escaparon y emprendieron la fuga por atajos intransitables, y cuando iban ya muy lejos, en un atajo terrible, la bestia que montaba mi papá se cayó con él sobre unas piedras y le despedazó una pierna. El usó siempre botas hasta las rodillas, al ser levantado de la caída y encontrarse imposibilitado para seguir adelante; pidió que no le quitaran la bota que era lo único que podía servir como de tablillas y, en medio de terribles dolores sin ningún remedio, lo llevaron en peso a un rancho abandonado en medio de la selva; que, un mujer, que providencialmente encontraron les indicó, como un lugar seguro. Era un rancho que hacía tiempos había hecho unos labradores que hicieron allí una siembra de maíz. Conducidos por ella y, llevando entre todos al enfermo que no podía dar un paso y sentía terribles dolores, llegaron al rancho casi arruinado en medio del monte. Aquel tenía un especie de zarzo allí, haciendo una especie de escalera lo subieron. El les había rogado que lo dejaran allí solo y cuando salieran de los peligros que los amenazaban, le hicieran saber a mi mamá donde se encontraba y le indicaran cómo podría ir allí.

Antes de despedirse ellos le dieron dinero a la mujer para que le llevaran algo de comer todos los días a mi papá. Ella se comprometió a llevarle frías y arpa cada dos días (dos cosas que él nunca aprendió a comer).

La mujer cumplió la promesa y no se dejó de llevar el alimento que calentaba en un rincón del rancho. Esto fue un nuevo peligro para mi papá porque el olor de la ceniza sería, atraje al tigre, y éste se presentó; pero por gracia de Dios no pudo subir al zarzo.

Los días pasaban sin que nadie llegara, y los dolores de la pierna aumentaban cada día; la hinchazón era tal que el cuero muy grueso de la bota empezaba a rajarse.

Por fin después de muchos días, se presentó el Dr. Olózaga (papá de Susana) con varios peones y una especie de camilla, y después de presentarse, con el mayor cuidado lo bajaron, no sintiendo terribles dolores pues empezaba a presentarse la gangrena.

Olózaga, como Uda. lo saben era liberal, y no tenía ninguna relación con la familia nuestra; pero mi mamá, que conocía bien los liberales de aquellos tiempos, no creyó poderse fiar de ninguno, y los consejeros no podían hacer nada pues los tenían en la actualidad el gobierno presos los unos y huyendo o escondidos los otros. Ella se presentó al Sr. Olózaga y le dijo que, como no podía fiarse de ningún liberal que la traicionaría, iba a pedirle a él un gran favor; porque siendo español, debía tener sentimientos nobles y caballerosos.

El Sr. Olózaga muy noble y cortés, le aseguró que haría hasta lo imposible para presentarle el servicio que de él necesitaba. Entonces ella le refirió lo ocurrido y la situación en que mi papá se hallaba completamente inválido y aban-

donado.

Inmediatamente aquel señor dió los pasos necesarios y emprendió camino llevando peones para el traslado de mi papá.

Ignoro cuanto tiempo duraría aquello. El caso es que, aquel noble español consiguió traer a mi papá ocultamente llegando a media noche con él a la casa de Natalita Barrientos tía de Estanislao, una santa. La casita edificada solamente para ella y Wenceslao era muy pequeña y allí estaba nuestra familia con el servicio y el de mi abuela que era también numeroso, y ella que estaba acostumbrada a las mayores comodidades. Yo le oí decir a María, varias veces, que ella dormía debajo de una mesa y por lo que puede imaginarse así dormiríamos nosotros, yo no lo recuerdo.

Parece que a media noche con todo sigilo llegó el Sr. Olózaga con mi papá. Nosotros los niños no supimos nada. El médico de la casa Dr. Larruche lo examinó, después de haberle cortado la bota que estaba ya para abrirse con la hinchazón de la pierna y encontró que empezaba a gangrenarse, y empezó la curación con inmensas dificultades de toda clase.

Ignoro cuantos días estuvo mi papá en aquella casa creo serían dos o tres, cuando se presentó la ronda y naturalmente encontraron a mi papá gravísimo; pero inalméricordes dieron la orden de llevarlo a la prisión, a pesar de las protestas de mi mamá. En la misma tarima lo llevaron y mi mamá al pie de él. Llegaron a la cárcel que era la casa donde funciona hoy el Colegio de María Auxiliadora. Al entrar, mi mamá que iba al pie de la camilla quiso seguir; pero el centinela la rechazó. "Sólo pueden entrar aquí los presos" dijo el oficial. "Yo me declaro presa, digo mi mamá y se entró. Nadia se atrevió a resistir, y quedé allí presa, día y noche al pie de mi papá cuidándolo.

Había allí varios sacerdotes y un obispo presos, creo que era el de Antioquia. Cuando se oyeron los dobles de las 8 de la noche, mi mamá, que acostumbraba siempre empezar el rezo del rosario a esa hora, (sin respetos humanos aunque hubiera visitas), le dijo al Señor Obispo: Su Señoría: No le parece bueno que recemos el rosario? "

Quién sabe que ocurrirá si lo hacemos". le dijo éste.

Si S. S. quiere yo hago coro" y, sin más empezó ella el rezo al que se unieron todos los demás sacerdotes y personas que estaban allí, presos.

La situación de mi papá, después de largos días de prisión en aquella casa llena de soldados y presos se hacía cada vez más grave, a los mismos médicos liberales que le hacían las curaciones pidieron al gobierno que lo dejara trasladar en calidad de prisionero al Hospital de S. Juan de Dios, que estaba a cargo de las Hermanas de la Caridad.

Este fué un grán alivio para él y para mi mamá. Fué conducido en la camilla, rodeado de soldados al hospital, y mi mamá al pié del pobre enfermo que sufría terribles dolores pues la gangrena no había cedido.

En el Hospital, las Hermanas de la Caridad le tenían ya listo el cuarto y allí quedó como prisionero con centinelas de vista día y noche.

Aquel fué un gran alivio para el pobre enfermo que salía de una cárcel infecta, donde pasaba los terribles dolores en medio de presos y soldados en un cuarto común; y para mi mamá, única mujer que había en la cárcel, luchando para poderlo cuidar sin los recursos más indispensables.

Allí podía la familia visitarlos, y tenía todos los recursos: médicos, enfermeras, etc. y sobre todo estaban las Hermanas de la Caridad que se dedicaron a cuidarlo día y noche. Bendito sea Dios. Que él les haya pagado con el Cielo.

En la caja de juegos de mi mamá, entre una canastita de paja muy pequeña, guardaba tres cuartas que Francisco y yo, (que éramos muy niños) les llevamos de regalo para que compraran una casa porque los liberales se habían robado la nuestra.

La cuarta era una moneda de níquel la más pequeña de todas y equivalía a medio centavo. Mi mamá llorando recibió nuestro regalo que, para nosotros era si valioso pues no estando ella en la casa y en aquellas circunstancias poco sería lo que nos daban.

Ignoro cuanto tiempo pasaron mi papá y mi mamá en el hospital, sin que a ésta se le permitiera salir siquiera para dar una vuelta a la casa donde estábamos viviendo amontonados todavía en la casa de Natalita Barrientes. Al fin terminó, aquella guerra con sus horrores y calmó la persecución religiosa que fué espantosa. Sólo los sacerdotes que prestaban el juramento con el cual quedaban excomulgados, podían ejercer el ministerio. Gracias a Dios fueron muy pocos, y la gente los miraba con horror. Los demás sacerdotes habían huido y vivían en los bosques o escondidos en las casas de los campesinos: los templos fueron saqueados, y profanados los vasos sagrados. Algunos de aquellos miserables se atrevieron a entrar a caballo a las Iglesias, y daba de beber a los caballos el agua bendita. La Iglesia que hoy es de los Jesuitas, era un cuartel, y las mujeres de los soldados cocinaba con la madera de los altares y confesionarios. No recuerdo haberlas visto en la plazuela cocinando.

Los sacerdotes fieles que caían en las manos de los liberales, los vestían de soldados y los obligaban a todos los trabajos de éstos. dándoles palo cuando no podían desempeñar lo que les obligaban a hacer. Yo recuerdo todavía, a pesar de no contar entonces más de 5 años, la pena que sentía cuando yendo por la calle la sirvienta que nos acompañaba,

nos decía: " Ese es un Padre " , iban vestidos con la chaqueta roja como cualquier infeliz soldado y les imponían los trabajos más duros.

Creo que mi papá ~~fué~~ desterrado de Antioquia y no recuerdo más, hasta la guerra del 85 que ya es cosa moderna.

(Guerra del 85)

Al fin pasaron aquellos terribles tiempo y se estableció la paz.

Con muchos esfuerzos y, con el trabajo de mis hermanos, que al regresar de los Estados Unidos, después de varios años de estudio, fundaron el primer laboratorio para fundir el oro y, con los esfuerzos que Sahástón, había hecho para sostener las fincas, se pudo pensar en edificar otra casa pues la que hoy es la gubernación no se nos restituyó.

En un lote, que creo que regaló a mi mamá, mi abuala (mamá Antonia) contiguo a su casa y que Uds. bien conocen frente a la puerta lateral de la Catedral, se edificó una casa de dos pisos; grande y cómoda.

Mis hermanos, que por experiencia sabían lo que era la persecución del partido liberal al edificar la casa, en la parte baja donde funcionaba el laboratorio y la fundición del oro y la plata, hicieron escondrijos que sólo ellos conocían.

En los últimos meses de 1884 mi papá cayó gravemente enfermo de un tumor en el hígado que hacía algunos meses lo molestaba.

Estando en esa situación estalló la llamada guerra del 85 en la cual ayudados por el Dr. Rafael Núñez subieron al poder los conservadores. Al empezar esta guerra el Directorio Conservador compuesto del Dr. Marceliano Vélez, mi tío Eduardo, el Dr. Alejandro Botero, Don Abraham Moreno, y también mi hermano Eulio y Pedro Nel y Santiago, se establecieron en nuestra casa sin que los niños ni las sirvientas se dieran cuenta de ello; pues vivían en la parte baja en lo que ocupaba el laboratorio. Uno de los empleados de éste, Alejandro García (Tal vez se llamaba Alejandro), que había sido telegrafista, con su esposa, desde un cuarto del tercer piso, cogía, sin que nadie pudiera sospecharlo, pues conectaba, con un simple alambre casi invisible, su máquina con los hilos del telégrafo. Gracias a esto, el Directorio estaba al corriente de todo lo que pasaba en la guerra.

El gobierno desde que empezó la guerra puso centinela en la puerta de nuestra casa, de manera que ni de día ni de noche se podía entrar ni salir sin que éste lo permitiera.

En frecuentes ocasiones se presentaban las rondas cuando menos se esperaban, rondaban todas las partes de la casa pero no encontraban ni hombres ni armas. La ante víspera tal vez de la muerte de mi papá, que estaba agonizante, llegó la ronda y se presentó al cuarto de mi papá buscando, aún debajo de los colchones, armas, según decían ellos. Mi papá no dijo

una sola palabra; pero cuando mis hermanos al anocheecer entraron al cuarto, él los buscaba con la vista como queriendo contarles con angustia. Hasta en los últimos de su vida fué víctima del partido liberal.

Dos o tres días después murió rodeado de su esposa y sus hijos, ayudado, en aquellos momentos, por el Padre Arjona, Jesuita que él había trido a Colombia, con el R. Padre Ramirez y el Hermano Montenegro que llegaron a Medellín a una casita contigua a la casa de Estanislao Gómez, donde aquellos vivieron desde el mes de septiembre figurando como simples sacerdotes. - Mi papá había dicho que quería morir ayudado por un Jesuita, y Dios le concedió esa gracia. Murió el 11 de enero de 1885.-----

Naturalmente al entierro de mi papá no pudieron asistir mis hermanos porque estaban escondidos.

Por demás está al hablar del dolor que la muerte de mi papá causó a mi mamá que había vivido para él, y a mis hermanos que lo veneraban como a un santo. Todos teníamos despedazada el alma aún Francisco y yo, que apenas podíamos entender lo que era la muerte.

Pero era preciso sacrificar en aras de la patria hasta el dolor: Se acercaba ya la guerra a Antioquia. Era preciso que los jefes marcharan a los campos de batalla; pero cómo salir de la casa con centinela día y noche.?

A mi mamá nada se le dificultó, estaba tan supremamente acostumbrada a la vida. Se resolvió pues que todos mis hermanos, como los otros jefes que estaban escondidos en casa, salieran disfrazados, poco a poco; pero esto no podía hacerse por la puerta de nuestra casa, porque allí estaba siempre el centinela. Se resolvió que pasaran a la casa de mi abuela quitando los vidrios de una ventana que había en la repostería de nuestra casa y daba al comedor de la casa de mi abuela. Así se hizo y, no quedaba por pasar más que Tulio que, por ser el más grueso lo dejaría de último. Se estaba él pasando, pero no podía, cuando avisaron que estaba la ronda, acostumbrada a presentarse cuando menos se podía esperar.

Es de imaginar el espanto y la angustia de mi mamá y de todos. El mismo temor, talvez hizo que, tirando de un lado y empujando del otro pudiera pasar Tulio, antes de que la ronda que guiaba mi mamá llegara a la repostería.

No sería esto una gracia de la Virgen que invocábamos todos?...

Una vez en casa de mi abuela, los fugitivos se disfrazaron de artesanos y peones. Allí estaban algunas mujeres campesinas con las que mi mamá podía contar; y unos acompañados por alguna de éstas como marido y mujer, y otros solos; pero todos disfrazados, la mayor parte con sus barbas largas y blancas, otros sin ellas, fueron saliendo unos primero y otros después, con todo disimulo por la puerta falsa de la casa que daba a la calle de Pa-

lacé talvez, pués no recuerdo sícse es el nombre: todos salieron acompañados, por una u otra puerta. El caso es que todos se escaparon y fueron a reunirse con las tropas que estaba ya organizadas y en marcha contra el ejército liberal.

Llegaron allí y Pedro Nel arengó la tropa, yá Mariano que escondido de mi mamá se había ido también, hizo un discurso muy entusiasta; pero el pobre tuvo que volver a Medellín porque mi mamá le exigió al General Marciliano Vélez que lo devolviera porque era casi un niño y ella no podía conformarse con que hasta éste se fuera a la guerra.

Francisco que apenas tenía 9 años se escapó también: se fue al Poblado y allí cogió un caballo y se fué a alistarse en el ejército; pero el mayordomo, por orden de mi mamá, lo alcanzó y lo trajo a Medellín.

MI MAMÁ EN MEDIO DEL DOLOR POR LA MUERTE DE MI PAPÁ Y EL PELIGRO DE QUE NIJOS LEJOS, TRABAJABA INCANSABLEMENTE POR LA PATRIA. A NUESTRA CASA, A PESAR DEL CENTINELA QUE GUARDABA LA PUERTA, LLEGABAN LAS ARMAS PARA MANDAR AL EJÉRCITO, QUE CONTABA CON MUY POCAS. ALLÍ LLEGABAN SEÑORAS Y SEÑORITAS A HACER VISITAS DE PÉNSAME Y, DEBAJO DEL VESTIDO LLEVABAN UN CARABINA O UN FUSIL; TAMBIÉN LAS MUJERES QUE VENDIAN BOCADILLOS DE CALDER Y ANOVIGADO, O PAN Y DULCES DE OTRAS PARTES SUBIAN A LA CASA PASANDO AL LADO DEL CENTINELA SIN QUE ÉSTE SUSPECHARA NADA; Y EN ESTA MISMA FORMA SALIAN ARMAS DE LA CASA DE MI ABUELA Y DE LA NUESTRA; ADÉMÁS MUNICIONES PARA EL EJÉRCITO. MÁS PRONTO DE LO QUE SE PODÍA ESPERAR, POR FORTUNA TERMINÓ LA GUERRA, Y EL EJÉRCITO CONSERVADOR TRIUNFANTE LLEGÓ A MEDÉLLIN.

LA SALUD DE MI MAMÁ ERA DECAYENDO. EL TRIUNFO CONSERVADOR SÍO MI PAPÁ ERA PARA ELLA COMO UNA PENA. LOS JESES CONSERVADORES IBAN A VISITARLA ADMIRANDO INDUDABLEMENTE AQUEL VALOR VIRONIL Y AQUELLA INTELIGENCIA ASOMBROSA; PERO, TANTOS SUFRIMIENTOS, TANTAS ANGUSTIAS HABÍAN ATACADO AQUEL CORAZÓN TAN GENEROSO Y VALIENTE; "YO NO PUEDO VIVIR SIN OSPINA", DECÍA Y, REALMENTE, CUANDO MENOS SE ESPERABA, EL 9 DE DICIEMBRE DE 1.885 MORÍA CASI REPENTINAMENTE. PUES LA ENFERMEDAD QUE LA TENÍA EN CAMA NO ERA COESA GRAVE. EL 9 DE DICIEMBRE HABÍA COMULGADO EN LA CASA; PORQUE EL MÉDICO NO LE PERMITÍA LEVANTARSE. ESTABA RECIBIENDO LA VISITA DE LAS BARRIENTES. LLEGÓ AMALIA MADRIÁN A DARLE UNA TAZA DE LECHE QUE ELLA TOMÓ, Y AL ACOSTARSE SE QUEDÓ MUERTA. EL MÉDICO QUE ESTABA HABLANDO CON TULIO EN LA SALA, CUANDO LO LLAMARON NO PODÍA CREERLO; PERO FUÉ PRECISO CONVENCERLO DE QUE LA MÁS BUENA Y ABNEGADA ESPOSA Y LA MADRE MÁS SANTA Y CARIÑOSA HABÍA VOLADO AL CIELO. NO SOBREVIVió A MI PAPÁ NI UN AÑO ENTERO.

Ojalá que estos mal redactado recuerdos se transmitan en la familia para que no pasen al olvido.